



Efugio

Por Laura Mastracchio

En cascada nocturna
estrellan sus pupilas
de la nada en mi cara.
Sumerjo mi cuerpo
y entierro mi cabeza
en la cama,
en la almohada.

Ahogo mi gemido
(que no oigan, que no oigan).
Me hago piedra y soy nido,
me hago nudo, me hago puño;
me hago río
(que se vayan, que se vayan).

Me nombran, me maldicen,
vocean encendidas
y abrasan mis sábanas.
¡No amanece, no amanece!
En un salto inaplazable
poseeré mi libertad...

A través de la ventana.

Staff

Director

Ricardo René Cadenas

Coordinador

Martín Sancia

Colaboradores

Paula Carella

Guadalupe Ramírez Oliberos

Diseño Gráfico

DT PRINT S.A.

Propietario y Editor

Fundación Tres Pinos

Moreno 1836 6to. B

Tel.: 011-4372-2154

Impreso por DT Print S.A.

0237-4664818

Bvar. Alcorta 183

Paso del Rey

Buenos Aires

ABRIL 2017

Registro de Propiedad Intelectual

Expediente N° 5138548

La publicación de opiniones personales vertidas por colaboradores y entrevistados no implica que éstas sean necesariamente compartidas por **Revista Crepúsculo**

www.fundaciontrespinos.org

info@fundaciontrespinos.org



Sumario

06

Por Fabian Ostropolsky

EL LOCO Y EL VIEJO

09

Por Cristina Occhipinti

ACÁ CERCA

10

Por María Graciela Bolo

CELINA Y LA COSA

12

Por Emilia Vidal

UN MAR DE EUCALIPTUS

15

Por Iván Carrasco Montesinos

LOCURA COLECTIVA

16

Por Juan Miguel González Mejía

EL DESATINO CONTROLADO

17

Por Verónica Leyes

DE HABLAR CON LAS PLANTAS

19

Por Emanuel Kryskowski

ACERCAMIENTOS

22

Por Carlos David Rodríguez

SUEÑOS DE HOSPICIO

24

Por Alejandro Ramón

AL BORDE DEL ABISMO

26

Por Adriana Tuffo

LA VENTANA ROTA

27

Por Cintia González

LA CARA QUE ME OCULTA LA EXISTENCIA

28

Por Cecilia Pagani

REPETICIONES

31

Por Juan Guillermo Henrich

TAN CERCA, TAN LEJOS

33

Por Mónica Guillermina Rey Gómez

LA GUARDIANA

37

Por Eduardo Sosa

LLUVIA OSCURA

40

Por Gabriel Rodríguez Molina

LOCURA

41

Por Analía Roa

CUENTOS DESDE EL HOSPICIO

45

Por Irma Verolín

SUCEDIÓ UN JUEVES

48

Por Hernán Paredes

EL LOCO TATO

49

Por Verónica Laura Torres

MIRADA PERDIDA

50

Por Ezequiel Olasagasti

LA VENGANZA

52

Por Susana Angélica Orden

VOCES EN EL CONTESTADOR

54

Por Víctorio Catuchi

LOCURA TRISTE DEL POETA

Barrio Sarmiento, el barrio en el que pasé buena parte de mi infancia, estaba lleno de locos. Mejor dicho: estaba lleno de gente que padecía de locura.

El primer caso me viene es Silvano, un muchacho alto y de rasgos griegos que, a causa de una sobredosis de pastillas, había cambiado su mirada de modo irremediable. De ser calmos y amistosos, sus ojos se habían convertido en pirañas. Y la gente le huía.

Antes de la sobredosis, Silvano trabajaba en el Banco Hipotecario y tenía una novia con quien estaba por casarse. La locura le quitó trabajo y novia de inmediato y, desde entonces, Silvano se dedicó a fabricar arcos, flechas y ballestas. Recorría baldíos, tachos de basuras, cortaba ramas, y con todo eso, ayudado por una facilidad envidiable para los cálculos y la carpintería, construía sus armas. Al atardecer, cuando los pibes dejábamos de jugar al fútbol, él se aparecía en la canchita y se dedicaba a probar sus creaciones. Podía quedarse horas así, tirando flechas hacia todas partes y tomando notas que le servirían, luego, para mejorar sus obras. Una sola vez habló con nosotros. Le preguntamos para qué fabricaba tantas armas, y nos dijo:

—No son para mí. Son para toda la gente del barrio. Cuando los Espías Plateados vengan a Sarmiento van a querer quedarse con todo. Van a empezar por la comisaría, después por la iglesia, después por la terminal del 80 y el mercado. Pero con mis flechas nos vamos a poder defender. Ellos están preparados para las armas más sofisticadas, pero no para las flechas. Mis flechas van a terminar con ellos.

Otro caso de locura era el Rusito Ardiles. A diferencia de Silvano, no era temido por la gente. Reía todo el tiempo, estuviera solo o acompañado. Solía, incluso, tentarse de la risa por cosas inexplicables: un charco de agua, una piedra, la forma de una nube. Señalaba el objeto de su gracia y empezaba a reírse con desesperación, tosiendo, tomándose la panza. Era tan contagiosa su risa que cualquiera que lo observara terminaba cediendo a su embrujo. Estar cerca del Rusito hacía reír. Por eso la gente lo apreciaba.

Cuando un árbol cayó sobre su madre también rió. Y rió mientras los bomberos sacaban el cadáver de abajo del árbol. Y se rió durante el velatorio y el entierro.

Murió de un infarto poco después, mientras se reía de una bolsa de basura o de una piedra (las dos cosas estaban juntas, así que no pudimos saber cuál de las dos fue la que despertó su risa).

Una locura muy distinta era la de Aldana. La pobre salía a la calle de noche o en días nublados o lluviosos. Nunca la vimos bajo el sol. Era flaquita como una rama, vestía siempre piloto y paraguas, aunque no lloviera. Escribía el nombre de "Armando" en las paredes, dentro de un corazón. Lo tallaba en árboles, lo escribía en el barro. Armando, según decían, había sido un compañero suyo de la primaria que la había rechazado cuando estaban en séptimo grado. Veinte años después, Aldana aún no se había recuperado de ese desencuentro. Hablaba solo de él. Por momentos lo insultaba, por momentos le gritaba. Y por momentos le cantaba. Su voz era rustica, pero bellísima, y jamás desafinaba. Cuando cumplió los treinta y cinco años, empezó a vestirse de negro, a usar velo de viuda y a llevar un títtere en la mano derecha.

—Es Armando—decía, cuando alguien le preguntaba por el títtere. Y aclaraba luego: —Está muerto.

Armando era un títtere muerto que solo hacía una cosa: inutilizarle la mano derecha (porque ya no la usaba para otra que no fuera esa: transportar el cadáver de su amor).

Tengo que mencionar también a Amelia, la hija del almacenero. Cordial y siempre dispuesta a la charla, Amelia (que tenía treinta y dos años y era hermosa hasta el delirio) se vestía, peinaba y hablaba como una anciana. No se identificaba con los jóvenes. La juventud no era para ella. Nunca lo había sido, a ninguna edad. Usaba palabras, frases de otros tiempos, caminaba despacio, arrastrando los pies, y hablaba horas en el mercado con las ancianas como si fuera una par. Su bondad, al igual que su vejez, también era demencial. Por las tardes se acercaba a nosotros, los chicos, y nos regalaba pastelitos, empanadas, tortas fritas. Una vez ella vio cómo un auto me reventaba una pelota y, como me puse a llorar, me dio plata para compararme una nueva. No tenía problemas económicos. Todos sus caprichos tenían que ver con los demás. Con ayudar a los demás. Y su madre, que estaba bien porque cobraba una buena jubilación de Italia, le daba lo que ella quisiera. Era muy querida Amalia. Y parecía siempre contenta. Por eso nos sorprendimos cuando su madre la encontró colgada en su habitación. Dejó una carta que decía, simplemente: "Ya no puedo aguantar más la vejez". Tenía treinta y cuatro años.

Hubo más casos: Marito, ex combatiente de Malvinas que, después de un brote psicótico, quedó en estado catatónico; Carlos, el botellero, a quien el consumo desmedido de alcohol lo arrojó a los vidrios y los insectos del *dellirium tremens*; Raúl, que decía ser el Intendente de La Matanza y andaba vestido siempre de traje y corbata; Ana y sus discípulos, que se bañaban en sangre de gallina para estar a salvo del mal...

Todos ellos hicieron que, desde chico, yo relacionara la locura con la pérdida, con la enfermedad, con la desesperación, con el desamor, con la violencia, con la sangre, con las adicciones, con la soledad, con el suicidio. Jamás pude ver en la locura nada positivo. Nada que yo quisiera, ni por un segundo, para mí. En noches de bohemia me he cruzado con gente que se jacta de ser "loca". Son, por lo general, los llamados "locos lindos". Nunca pude tomarme a esa gente en serio, del mismo modo que ellos no pueden tomarse en serio a la locura.

La locura nunca es linda, como nunca es linda una herida o una enfermedad. Como nunca es linda ninguna forma de violencia o de desamparo.

Martín Sanclia

EL LOCO Y EL VIEJO

Crepúsculo

Por Fabian Ostropolsky

Estaba a 30 metros de la oficina esperando al hombrecito verde del semáforo, cuando el hombre gris apareció de atrás para no tener que detenerse, como sabiendo el momento exacto en que la luz daría permiso. Me sorprendió tanto su ensimismamiento que decidí ir con él. Sí. Seguir al loco. Analizar al loco.

El loco se movía rápido, pero zigzagueaba casi despacio. Sus murmuraciones plagadas de queja no se oían del todo, a veces iban al cielo, a veces a sus manos, la mayoría de las veces caían silenciosamente a sus zapatos.

Cuando sus ojos le proponían cruzarse con otros ojos, no parecía ser un hecho fortuito. Algo lo hacía elegir ciertas personas desde esa neblina que cubría su mente. Los miraba de golpe, llevaba la cabeza hacia atrás unos centímetros, como tirada ésta por la sorpresa de algún reencuentro. Luego los veía irse, con una especie de deseo encerrado, con algún dedo en lo alto tratando de recordar un parentesco imaginario. De izquierda a derecha por la vereda, zigzag desafiante. No sé si quería que le llamen la atención, si llamarla, o si el hecho de andar recto fuera un privilegio de los no habían hecho un cóctel inseparable de realidad y de olvido. No se chocó con nadie, nadie lo chocó. No tuvo que esquivar a nadie, casi todos lo esquivaron antes de tenerlo cerca.

Me llamó la atención que ante él pasaron varios fumadores, pero que sólo a algunos les pidió un cigarrillo. Me llamó la atención todavía más que todos extendieron su mano con un cigarrillo en ella. Pero sobre todo me intrigó que nadie le ofreció fuego a continuación. ¿Cómo se adivina que esos cigarrillos son de almacenaje? ¿Cómo se adivina a la gente generosa y desprejuiciada?

Recogía papeles del suelo, escritos todos, tanto por alguna marca de chocolates como por una imprenta de barrio. Unos enteros, otros parte de una pérdida de tiempo y de tinta.

Entre sus pasos angulados, como pretendiendo pisar irregularmente a la vida, recogía y leía, hacía que sí con la cabeza, hacía que no. Sollozaba hacia el cielo,

con el papel haciendo de intermediario entre el rezo de sus manos, se presentía ahí algún por qué, alguna súplica de un tiempo quizás inventado, o al menos decorado. El loco dejaba caer algunos casi sin darse cuenta, otros los guardaba indiferente en el bolsillo de su gabardina, quizás más preocupado por seguir el orden del zigzag que por el contenido de las letras, porque si en el momento del parate iba diagonalmente de derecha a izquierda, reanudaba el andar de esa manera.

Recogí medio panfleto de una panadería que lo hizo maldecir un poco y el prospecto de un antibiótico que lo hizo reír roncamente. Los guardé a los dos, sin saber bien por qué.

No podría decir que hacía demasiado calor, lo que sí se notaba era que la gabardina del loco debía de resultarle excesiva, con el cuello y las solapas en alto, tan grises que podían perderse entre las ondulaciones de su barba y de su pelo; todos los botones abrochados, porque la gabardina mostraba mucho viaje y hasta jirones, pero los botones estaban ahí, obedientes y cumpliendo distancia.

Entre cigarrillos que seguían entrando en sus bolsillos, papeles caídos o aglomerados, entre pasos errantes y cordones desatados, el loco paró por primera vez sin que su rutina lo sugiriese. Alzó las manos un poco más arriba de la cabeza y le dijo algo al dependiente de un kiosco, a su hijo, o a ese chico que negaba con contundencia serlo. El joven salió al encuentro, pestañeaba despacio, quizás por un corazón noble, quizás por ser esa una visita repetida, movía con candor la cabeza, le prestaba el hombro para que el loco pudiese apoyar una de sus manos, le contestaba, si bien conciso, con no más de cuatro o cinco palabras, pero le contestaba. El loco lloró de una manera particular, con un comienzo casi sorpresivo y con un final similar, sin puntos suspensivos en el dolor o en la tristeza: lloró como se llora un paréntesis. Luego el joven le abrazó los hombros con las manos, en ese gesto típico de compostura que por lo general no se ve desde un chico hacia un viejo. El

loco recibió un paquete de Marlboro diez y abrazó al muchacho, esta vez un abrazo completo, abrazo que pareció significar más para el loco que para el joven. Luego de mirarlo unos segundos a los ojos, el loco se fue. A los pocos pasos, su ceño me sugirió que quizás ya había olvidado toda la escena del kiosco. Nunca me preguntés si de verdad iba a algún lado, llevaba un tiempo siguiéndolo, relativo, como un trozo de masa cruda: su inquietante ritmo imprimía la sensación de que no se andaba lo suficiente.

Llegaba otro cigarrillo y con él otro fumador que en ese momento tiraba la colilla al piso, pero éste, con el humo en forma de "u" aún saliendo de su boca, con la cabeza ladeando hacia el "no", con las palmas de las manos dadas vuelta hacia el vacío... le dio a entender que era el último. El loco le pidió disculpas, también su cabeza iba y venía en un "no", pero enérgicamente, casi apurando su esqueleto; las manos apuntaban abiertas hacia adelante, como saludando desde su ombligo a un amigo invisible, y algunos pasos de ajuste hacia atrás.

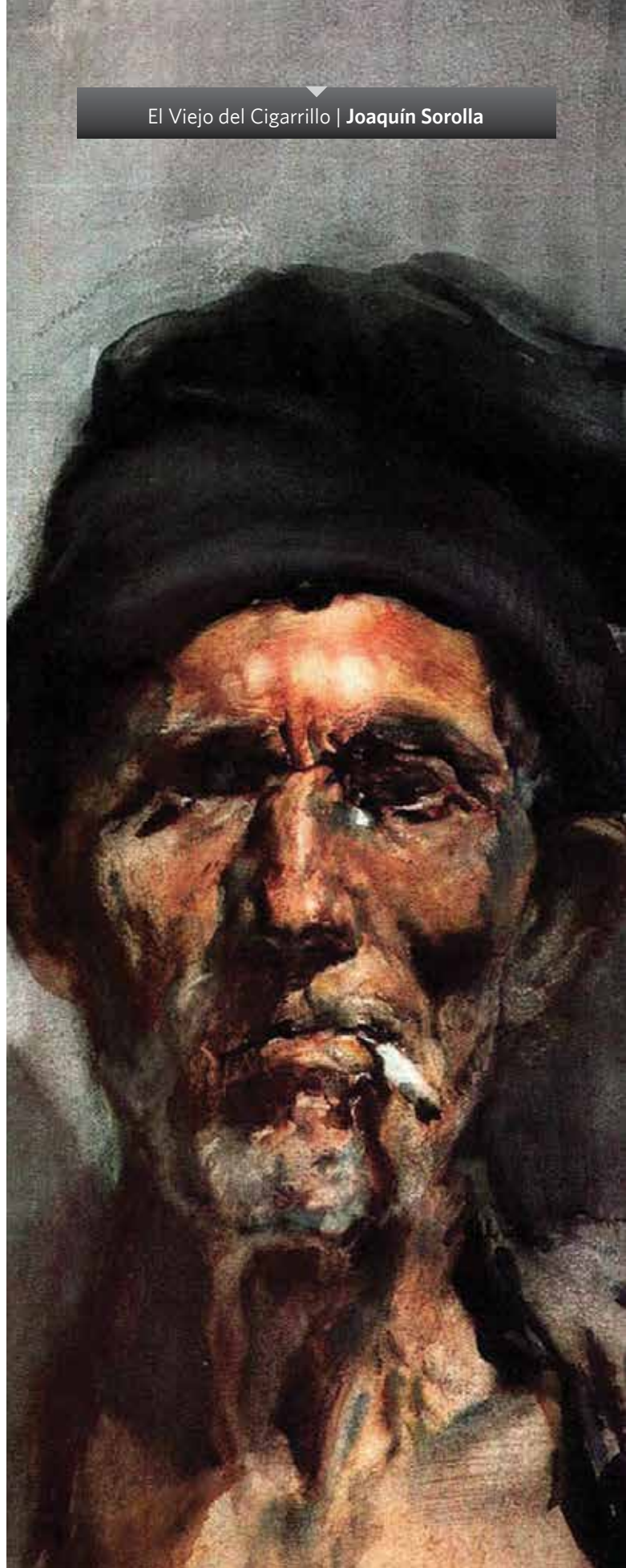
Parecieron unas disculpas, sin dudas, pero no pareció ser el joven quien las recibía sino el mismo loco, como que toda la situación simuló ser un monólogo en el que participaron dos personas.

En las esquinas, cuestión tal vez de suerte, el loco apenas si aminoraba la velocidad, sin embargo yo, que iba tan cerca, me veía casi en la obligación de mirar a ambos lados, y más de una vez me detuve frente a un auto inminente, a una moto, o a un colectivo.

Luego del kiosco llegó el momento de la segunda parada sin compás. El loco, yendo de izquierda a derecha en uno de sus interminables devaneos, cayó certero en la puerta de un bar.

Miró la numeración con la misma cara de sorpresa que lo hubo acompañado todo el día. Arqueó el cráneo sutilmente hacia atrás, recordando quizás otro hecho ficticio, y entró quejumbroso. Se acodó en la barra sin sentarse, yo me ubiqué al otro extremo, sin apoyarme pero también de pie.

No sé si fue una impresión mía, pero el hecho de que todos los clientes observasen su desarreglo casi en cámara lenta, pareció aliviarlo. No hubo tiempo de que lo sacasen del bar, pidió un café, golpeó la barra sin hacer el ruido de un golpe verdadero, murmuró cosas ininteligibles, preguntas que él mismo se respondió. Nadie le hacía el café, nadie lo haría.



El loco juzgaba los juicios, de quien estaba tras la barra observándolo un tanto sorprendido, con un trapo colgando de su hombro izquierdo, asimismo juzgaba los juicios del camarero, que compartía los suyos con los de la mesa más cercana a la puerta de entrada. El loco gesticulaba su tener razón, su seguridad por esa mezcla de suciedad y de creencias sociales, dejaba una moneda de veinte centavos en la barra y salía. Yo no alcancé a pedir, pero recuerdo que se me había antojado un café con leche y medialunas.

Ya en la calle se reanudaba una vez más su locura. Zigzag de un lado a otro, papeles y quejas al cielo, manos al aire, vacías y sucias, papeles al bolsillo, papeles al suelo. Un cigarrillo, otro cigarrillo amigo que le decía que sí, nunca uno encendido, nunca el humo chupando su cuerpo, quizás los que ya tenía acumulados, quebrados por la fricción de sus pasos toscos y de sus bolsillos llenos, serían tabaco suelto convertido en mugre. Fue en medio de esa conclusión que sucedió lo que debía suceder: Sin papel en el suelo, sin caminante soltando aire gris desde sus pulmones, sin réplica al cielo, ni al piso... El loco se detuvo como un aplauso.

Con una lentitud que bien podía ser rabia, creciendo de forma geométrica, el loco se iba dando vuelta. Yo quizás no había notado que estaba demasiado cerca, no hasta ver sus ojos amarillos y arrugados clavándose en los míos, no hasta detectar el temblor en sus labios indignados y secos. Hice tres pasos hacia atrás buscando cómplices ante un posible suceso desagradable. Él abría la boca bajando con ira las comisuras, estiraba hacia mí su cara sin mover el cuerpo. Entonces yo, sin alcanzar a escuchar lo que fuera a decirme, haciendo el acting del que pretende prevenir una tragedia que no existe, me di vuelta. Nadie pareció percibir que había un loco, o dos hombres, o dos locos; un encuentro, una mañana obsesiva y escapista. Supongo que usé la vergüenza disfrazada de miedo para alejarme, porque su imaginación no quiso reconocer un parentesco, forzar un abrazo, darme un papel protagonista...

Di seis o siete pasos veloces, con el corazón acelerado insensatamente Casi sin saber cómo, estaba den-

tro de un taxi, diciéndole al conductor la dirección de casa, de mi mujer y quizás de mi hijo, dependiendo de la hora. La dirección del reto por no haber ido a la reunión de padres, del faltazo al trabajo en día de balance, la dirección inexacta de la media mañana, o del mediodía. Pensé en voz alta, mirando hacia afuera por la ventana: "... por poco se salvó el loco", "¿quién se había salvado de qué?", preguntó el chofer con más desconcierto que interés. "Un pobre viejo", respondí. Pero el taxista no indagó más, subió levemente el volumen de la radio, donde contaban la historia de un asesinato en serie en una escuela de Boedo, él negaba con la cabeza, carajeaba y pedía que lo agarren a ese pendejo hijo de puta; escuchaba y apretaba el volante. "Hijo de puta", repetía más despacio. Luego pediría la muerte de un verdulero que molió a palos a su vecina, y también la de un magnate que dejó que un león se desangre luego de atacarlo a flechazos.

En la puerta del edificio estaba mi mujer hablando con el portero, y por cómo retorció su delantal hablaba de mi ausencia. En cuanto me vio bajar del taxi me preguntó casi llorando por qué no había ido al trabajo, ni a la reunión de padres. El portero alzó las cejas con los ojos cerrados, sugiriendo que entienda la histeria. Ella gemía por las decenas de llamadas perdidas en mi teléfono, hablaba sin que yo alcance a inventar alguna mentira coherente, hablaba de que le dijeron que mi hijo sufre abusos crueles de los compañeros, de que en la oficina no le dieron respuestas, eso que los americanos llaman *buly* o *bulyn*, volvía sobre mi hijo, estaban todos preocupados, volvía a la oficina. Y el portero que vuelve a barrer, y nosotros que subimos las escaleras. Yo la abrazo, miro hacia su cara empinada que observa desde mi pecho, y le respondo que no se asuste, pero que me habían agarrado de testigo por un tiroteo, aunque podría haber atestiguado una amenaza de secuestro, amenaza de bomba, amenaza con escopeta adolescente en alguna escuela, amenaza por venganza. Amenaza de vida.

Y esperando a que mi hijo volviese de la escuela, acodado en la ventana... pensaba en el loco, que se había abrazado con aquel chico en la vereda.

ACÁ CERCA

Crepúsculo

Por Cristina Occhipinti



El Barco Amarillo | Odilon Redon

Fue un día de olvidos cuando te amaneció un barco. Y zarpaste. Buscando por las orillas de las cornisas. Un nido de grillos, pajaritos de arena. Los restos de la infancia en trompos paranoicos.

Las luciérnagas de tus ojos que alguna vez se apagaron sin protestar vuelan agarradas a la cresta de un gallo. Una amapola te acaricia el rostro. Una araña te camina por el cuello, las manos se mueven para aplastarla. Y rompen el vidrio de la ventana que no deja pasar la luna.

Un murciélago se cuelga de tu brazo. Vos lo imitás en la rama del gomero que está en medio del patio. Tu abuela pasea una cacerola con puchero de gallina. La corrés jugando a la mancha con esos grandulones que no saben lo que dicen. Un monstruo con dos cabezas anaranjadas, vestido de blanco, te trae un aperitivo y un sándwich de milanesa.

Hace calor en esta playa de arenas movedizas. No hay prisas en el aire. Te suenan aleteos en las costillas. Y en los dientes. En la oscuridad camina el silencio con miedo de inundar la memoria. En esta sala de espera no hay sangre que acuchille el delirio.

Con tu cuerpo vestido. Quieto. Tapado con una frazada. Una por cama. Sin gas, sin luz. Con este frío bajo cero. Tanto exceso en tu cabeza. Tantas grietas. Y el tiempo que va y viene. De las heridas vuelan mariposas asesinas. Con nombre y apellido. Los pájaros en llamas no pueden calentarte.

Y vos navegás cantando en los abismos. Bajo las mismas estrellas que habitan los insectos.

Tanto exceso de carencia. Tanto exceso. En el pabellón de los locos pobres.

Acá cerca.

Tu Locura, mi pesar

Por Julia Meso Ramírez

Mimetizo tus delirios
Y en los vuelos desenfadados
Impermeabilizo tus alas
para que salgas ileso de las crisis...

En el aleteo rasante por los prados
el sosiego nos abraza
en ese momento recargamos energía,
mientras la fiera al acecho
agazapada dentro del castillo de las emociones
espera el momento para colapsar.

Nuevamente en un despertar inaudito
arrasador como torbellino
se enciende en lo más perturbador
del inconsciente
tu lucha con la infinitud.

Otra vez las actitudes protectoras
de este ser que te ama
que trata de cubrirte la espalda
para que el desvarió de la quimera
te resbale sin dejar secuelas.

CELINA Y LA COSA

Crepúsculo

Por María Graciela Bolo

Golpea con la frente la ventanilla en el bamboleo del colectivo. Se empeña en tratar de dormitar. La patrona perfumada, segura, con esos ojos serenos. Había quedado como una maleducada Celina. Como una bestia, una tosca. Y bueno: no podía, nunca podía. Cuando quería contestar empezaba a escuchar su propia voz, y ahí todo se le embarullaba: la cabeza le quedaba vacía, con un zumbido de montañas con nieve. Ni articular una palabra podía.

Le pasa desde chica, esto de la cabeza seca. Cuando la retaban, cuando le preguntaban directo, adentro le soplaban un viento; no podía pensar. No era de tonta, ni de indiferente, ni siquiera de insolente. Quedaba fija, los ojos grandes, como anestesiada. Solamente podía zafar si cuidaba de poner mucha atención. Y a veces ni siquiera.

Es largo el viaje desde el cuntri hasta el barrio: tren, colectivo, tren. Encima tiene que pasar justo por ahí, por cerca de su vieja, por el club, con todos esos recuerdos apelotonados. Ahí era donde últimamente se le venía la idea de la cosa, imparable. La cosa últimamente se trata de explosiones, de mucho fuego, de vientos huracanados que transportan un calor imposible. Y gritos, muchos gritos, aullidos que ensordecían a cualquiera, sirenas, descontrol. La cosa no es un sueño; es algo que quiere pasar.

A dos cuadras del club pasa con el bondi. El olor del pasto recién cortado (cómo le gusta!) la lleva de viaje, directo a la adolescencia, a los buenos ratos, los noviecitos que en su casa llamaban "candidatos", el tenis, el vascolet de la tarde. Qué si se hubiera que-

dado, eh? Sería como su hermana la Moni, así, toda moderna, toda delgada, con todos los dientes, eh? Tendría un marido complaciente y limpito? Quién sabe. Humo: el material del que están hechos los sueños. Y qué importa. Si igual la vieja siempre la va a preferir a ella, a la Moni. Y por eso Celina no puede ni estar, las pocas veces que va de visita. Mientras ellas charlotean, inevitablemente hay viento de nieve dentro de su cráneo. Si ella siempre fue rara, siempre va a ser.

Qué importa ahora. Ahora es hoy, intermitencia de tedios y violencias, igual pero distinto. Es otro el escenario, en otra geografía, pero el drama no ha cambiado: soledad y desamor, cabeza seca. Allá con sus ideas, con esa forma absurda del orgullo; allá, luchar hasta el agotamiento y para qué, cabeza de corcho. Con esos hilos tejió su propia pesadilla. Tal vez es su destino. Hay cosas que no se cambian, nunca.

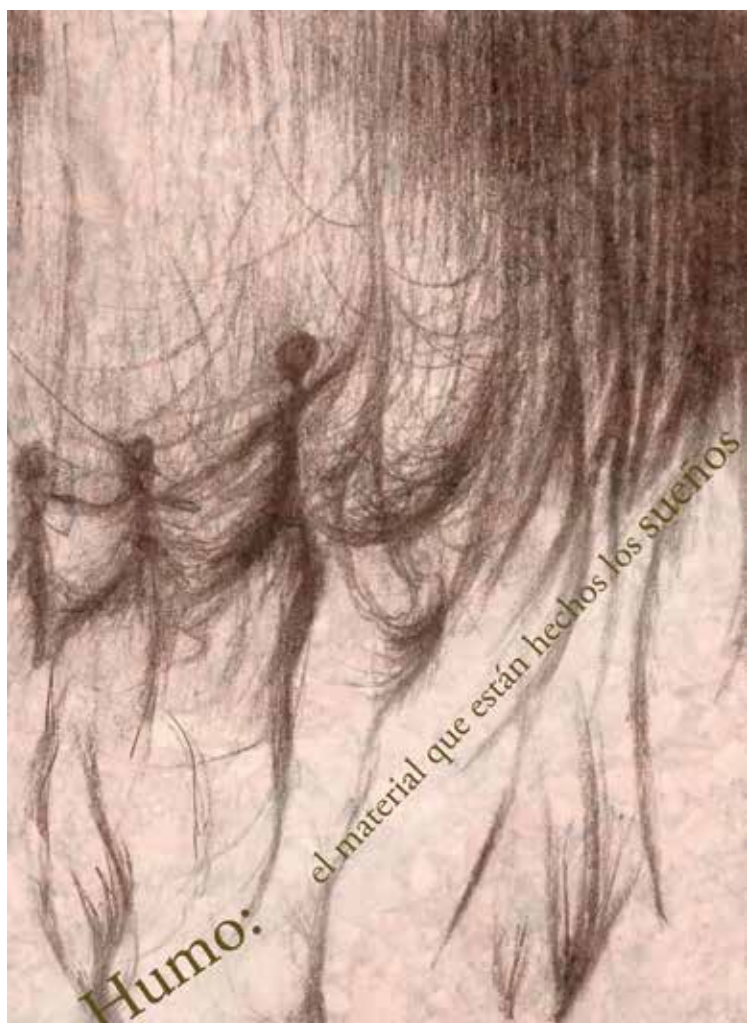
Llegar, caminar sin pensamientos desde la ruta cuatro calles de tierra, los ojos perdidos por ahí. Bordea el campito donde unos chicos desmañados marean una pelota. Como una bestia quedó con la señora. Otra vuelta se lo dirá, lo del recibo. La tarde espolvorea sombras sobre la derrota de todos. Comprar cebollas, imaginar el guiso para la cena. Si el Tripa no anda por ahí emborrachándose, comerán sin hablar, como rumiantes; los chicos compartiéndose su mundo ajeno, incomprensible y vedado. Y si no aparece... ma sí, ojala no llegue, y entonces toda la madrugada una vez más será para ella, arrebujada en los ruidos conocidos, la noche negreando en la ventanita tapada con plástico.

Es hoy. Hay cosas que no cambian. Cuando ni se lo espera, empiezan a girar las ruedas que terminan en la cosa. Hoy como nunca tiene otra vez esas ganas de desencadenar la cosa de fuego y de sirenas. Porque, piensa Celina, parece tan fácil. Tan fácil como pegarle una patadita al calentador, o dejar un poquito abierta la llave de la hornalla. Tan fácil como eso, y la cosa sería. Es un zumbido interior pensar lo fácil que sería. Desatarlo, terminar, descansar. Salú.

Todos los días, todos. La misma cumbia. La puta puerta que siempre se traba en el suelo desaparejo. Revolea a un rincón el paquete de ropa usada que le dio su madre. Apoyar los bolsos, desocupar la mesita; darle agua al perro. Se apura hacia la puertita, debajo de la pileta. Salú. La piletita percutida, todavía con los restos del desayuno, y unas moscas medio idiotas sobre los restos de un durazno. Salú.

Mira de reajo las camas sin hacer, el calentador, la mancha que se extiende en la pared del fondo. Salú. Y la idea de la cosa se le viene, se trepa a su cabeza, la infecta. Si sería tan fácil. Todos los días. Todos. El mismo tango. Un carro atascado en el barro; una calle sin salida, rosario de mañanas tardes noches iguales, urgencia, los huesos apretados como en una madeja, ya no se puede esperar más. Salú, salú. El teta escondido en la puertita de las garrafas. Todos los días. Todos. Uno más uno más uno. Hierve. Se infecta. Punza. Como gusanos evolucionando, las ideas. Hierve, mezclado en la monotonía de las tardes, el latido que suma, suma, la vorágine inminente.

Es hoy, nomás: explota. Se quema, arde, se retuerce sobre sí mismo, se desintegra en chispas. Como un escándalo de opereta, el viento feroz sucede. La gente corre entre el humo, el barrio entero se agolpa con gritos para ver esta noticia, una nueva desgracia. El infierno es, se desata, se cierne, rey salvaje vomitando su furia, bramando maldiciones. La cosa. Una masa de llamas que devora tablones, paredes, colchones, y se lleva en el aire la condenación, la vergüenza, la culpa de no ser, de no sentir. La cosa.



Cabeza Seca | María Esther Maiztegui "Terci"

Pero ella no, ella no fue, ella no sabe. Silencio. Caminar como en sueños, absorta, con la cabeza en blanco, las chanclas en el barro sin esquivar la bosta, mientras escucha las sirenas y los gritos, mientras el viento le devuelve el calor imposible, mientras el olor del fuego invade todo, y los gritos se convierten en llantos y en aullidos. Celina anestesiada, sentada en unos troncos, cerebro de corcho, mirando sin ver la gran consumación, la ceremonia final, el cataclismo liberador.

Cuando el hombre con casco la llama por su nombre, da vuelta la cabeza y lo mira a los ojos, cuidando de poner muchísima atención.

UN MAR DE EUCALIPTUS

Crepúsculo

Por Emilia Vidal

La despertó la sombra de una criatura. Una araña enorme con patas huesudas se deslizó por la mejilla izquierda y se posó en su brazo, cuando sacudió el hombro se escabulló a un costado. Pudo ver a su madre a un lado de la cama, la araña era su mano. Con total normalidad se incorporó y la saludó.

- Hola mamá, ¿qué haces acá?, ¿es domingo ya?

- No, no es domingo aún -. No creyó conveniente darle explicaciones en ese momento. Para qué decirle que había sufrido otro ataque y que una vez más casi moría. Un silencio de resignación espesaba el aire pero las pastillas ganaban la contienda y ella regresaba al sueño.

Hacía tiempo ya que Sabina se hallaba lejos de su mar primordial, allí la bruma se había perdido siguiéndole el rastro y el aire se mezclaba con el aliento mentolado de los árboles. La estancia contaba con veintidós habitaciones blancas y ella dormía en la última del ala este, una pieza pequeña con vista al parque. Pasando los bancos de madera, el aljibe orlado, la prolijidad del césped y los agapantos en fila, terminaba en un bosque de coníferas y eucaliptos que se extendía hasta la orilla de un cauce seco. La joven tenía un especial aprecio por los eucaliptos, sabía que eran extranjeros, como ella, en esa región. Su piel fantasmal, su altivez, todo en ellos la hermanaba. Desde el primer día, el bosque fue su manada, una junta de pares reunidos por el exilio, que honraban el perdido hogar con silencio y quietud.

Una tarde cualquiera, la mirada extasiada apuntaba al parque, al bosque y más aún, al dormido río. Una sola conciencia unía el delgado hilo de agua, creciente en su lecho de arcilla, con las matas y árboles del bosque, con la hilera de agapantos, y en el otro extremo, el apacible el ojo de Sabina. Fuera del ojo el parque. Hacia dentro, un delgado nervio conectaba el río con el mar, su querido mar y los recuerdos.

I

A sus pies se tendía una playa cubierta por sol e hi-

lachas de niebla. No muy lejos, unas aves blancas se reunían en círculo sobre las piedras. ¿Por qué no vuelan? Están allí, tan quietas. Caminó hacia la orilla y descubrió un mar silencioso. Esto le pareció extraño porque el oleaje se veía bravo, se alzaba en alto y caía con violenta espuma. El mar debía rugir pero no lo hacía, se habían peleado la vista y el oído. Aquél gigante verdeazulado se mordía a sí mismo, salpicaba el aire y lo preñaba de brillantes motas de sal. Sabina se detuvo ante la imagen y la nombró "belleza", frente a la belleza lloró. En un impulso incapaz de reprimir, lloró y se estremeció. Los colores se volvieron intensos y los contornos resplandecieron como si el agua, los caracoles y cada grano de arena estuvieran pintados con minúsculos faros. Respiró rítmicamente, en cada bocanada el aire repiqueteaba en su piel y espina. La sensación no cabía en su cuerpo y brotaba en lágrimas. Entonces los pájaros reaccionaron con extrañeza. Primero, dos de ellos la observaron, se miraron de reojo y caminaron directo hacia ella, sus patas lucían delgadas pero hacían un ruido pesado al caminar. De cerca vio que realmente eran grandes, casi de su estatura. Con las alas apenas separadas de sus cuerpos pretendían indicarle algo. Se fijó en sus ojos y descubrió una impronta inteligente, el pánico la empujó a huir. Ellos abrieron las plumas con fuerza e intentaron sujetarla. Uno levantó el ala pidiendo ayuda y llegaron dos o tres más, no alcanzó a ver. Sabina forcejeó cuanto pudo hasta sentir un pinchazo, una fina cánula sobresalía de las plumas y se introdujo bajo su piel, luego la levantaron en el aire y rodeada de suaves plumas blancas su consciencia se disipó.

II

El camino de tierra parecía interminable, al costado había un pastizal y sudaba una laguna inmensa. A lo lejos vio una mata de arbustos pequeños y amarillos que parecían danzar al silbido del viento. Rápidamente dejó el camino y corrió hacia ellos, llevaba



la lupa de su padre. Una vez cerca sintió su presencia viva, la divinidad entrañada en los vasos del fluido mineral, los oyó respirar el denso aire de la siesta e incluso latir al compás de su corazón. Quiso inspeccionar su intimidad al detalle, en cuclillas tomó con la manito una hoja y recibió temor. - No, no quiero dañarte arbolito - le susurró. Pronto crecieron alrededor más matas, amarillas también, como el mismo sol. La niña sintió calor y un vahído le arrebató la tarde. No podía respirar, ellos consumían todo el aire.

III

Una tarde en la plaza, con globos, burbujas y algodones de azúcar. Sabina se sentó en un banco y revoleó un zapato que vio desaparecer en el acto. Con sigilo, miró a los lados en busca de testigos, el lugar estaba repleto de familias y deportistas. Los primeros alzaban a sus niños, empujaban hamacas, o esperaban bajo el tobogán. Los otros se ejercitaban con esmero. Atentos solo a sus quehaceres, ignoraban su presencia y al entonces invisible zapato. Lo siguiente tal vez sea una obiedad. Se acomodó un poco en el banco, fijó la vista en el otro pie y sacudió el otro zapato. Apenas la plantilla despegó de su piel el calzado se desvaneció en el aire. Pero, ¿a dónde fue a parar? A su alrededor la gente seguía en sus cosas. Ella, descalza y perpleja, miró su brazaletes con pena y lo arrojó al cielo. Así volaron los aros, el pañuelo y un caramelo. Ninguna persona allí demostró siquiera verla. Tumtum, tumtum, su corazón iniciaba el trote y comenzaban a alborotarse los colores y las cosas. No por favor, otra vez no. La falta de reacción en aquellos rostros la atemorizó más que las desapariciones y comenzó a quitarse la ropa. Primero fue la blusa, vio la seda salir disparada y no dejar rastro. Igual suerte tuvieron sus bermudas y la ropa interior. Si todo desaparece, yo también puedo.

Completamente desnuda, se irguió en mitad de la plaza con la cara desencajada. Una anciana la señaló con el dedo y de inmediato todos se fijaron en ella. Pero el huesudo dedo y los ceños fruncidos de familias y deportistas comenzaron a escurrirse como un mural recién pintado. Chorreaban ojos sobre mejillas y panzas sobre pies. Las burbujas, los globos y los rosados algodones también se diluyeron en el cielo.

I

En un caluroso día de enero, la gente disfrutaba la playa y el mar. Sabina llegó sola y se instaló sobre una lona. La palidez de su cuerpo llamaba la atención a esa altura de la temporada. La gente la miraba y algunos señalaban, se daban codazos y reían. Ella dejó el libro a un costado porque el reflejo de la hoja la cegaba. Notó que los vecinos se burlaban y la presión en su cabeza comenzó a martillar. Miró fijamente a cada uno pero no podía hablar, más risas a su alrededor. Entonces dio un alarido y se incorporó de un salto. Mientras gritaba, tomaba puñados de arena del suelo, con guijarros y todo, y se los arrojaba con furia. Algunos corrieron y otros trataron inútilmente de calmarla. Este fue su último episodio en público. En la sala común había un fresco en el que un mar se rompía en la orilla y unas aves flotaban en el horizonte. Ella se pasaba horas frente a ese mar porque los días pasaban sin dolor allí, como si viera su vida frente a un televisor. Se oía hablar a veces, se veía los pies caminar y las manos hacer. Hablar, caminar y hacer, todo con medida y sin alterarse. No encontraba belleza en ningún lado pero por alguna razón el mural le recordaba aquella sensación. Un desbalance un día, un olvido tal vez, provocó su furia. Inerte, como siempre frente a su mar, comenzó a retroceder lentamente. El sudor brotó en su piel y el cuerpo tembló. Dos enfermeros la vieron y corrieron hacia ella, quisieron calmarla pero no lograron acercarse, pidieron ayuda al resto y entre cuatro al fin la maniataron y le inyectaron su droga.

II

La niña jugaba entre las matas en silencio. Siempre jugaba en silencio. Los padres conversaban con unos amigos a varios metros de ella. En medio de la charla

el padre olisqueó el aire extrañado y enseguida les llegó a todos un fuerte olor a quemado. La madre saltó de la reposera y buscó a la niña. La encontró de rodillas con la mirada perdida, el gesto bendito. En sus quietas pupilas danzaba el reflejo de las llamas que la rodeaban. En brazos de su madre, boqueó como un pez fuera del agua y se desmayó.

III

En el parque de agapantos, los huéspedes de la casa caminaban alrededor del aljibe o descansaban en el pasto, sumidos en sus brumas personales. Madres sin semilla paseaban a bebés de plástico, algunos corrían alrededor de los árboles y otros saltaban. En los bancos descansaba la ausencia de miradas quietas. Una tarde llegó un mago que infló globos y desparramó burbujas, iba para entretenerlos. Sabina miraba absorta la desaparición de pañuelos y objetos. Meneó la cabeza lentamente y observó extrañada sus pies y muñecas, luego miró a su alrededor una y otra vez. Al grito de - ¡Nada es real!, esto es un velo -se levantó de un salto y arrancó sus ropas-. La ilusión pronto desaparece -dijo en voz baja, como para sí misma y con la vista fija en el mago, con resignación-, ustedes sólo son reales aquí -concluyó apuntando a su sien.

Agua y fuego, inicio y final.

Cuando recobró la conciencia estaba corriendo hacia el bosque. El galope se hizo trote hasta quedarse apenas en unos pasos ligeros. No le temía a la oscuridad porque llevaba luz en sus manos. Alumbró el suelo y descubrió que no eran hojas secas lo que pisaba. Parecían hojas, pero al observarlas vio máscaras de rostros con las cuencas vacías. Reconoció a su madre aquí, a su abuela allá. Los agujeros que tenían por ojos soplaban frío a sus pies. Pero el susurro venía del follaje, mínimas voces disputaban su atención y decidió iluminar las ramas, entonces el farfallo se transformó en chirrido y amarilleó el hálito verde del bosque. La luz fue completa y cegadora, el calor fue breve. A lo lejos se perdieron los últimos gritos vecinos.

Esta vez permaneció en terapia durante varias semanas. El monóxido de carbono había envenenado su sangre y su cuerpo ya no quería pelear...

LOCURA COLECTIVA

Crepúsculo

Por Iván Carrasco Montesinos



La Extracción de la piedra de la locura | El Bosco

Antaño los locos no violentos deambulaban por las calles de las ciudades con total libertad. Los niños que también deambulaban con total libertad llegaban a burlarse de ellos para luego huir cuando el buen hombre caía en la ira desmesurada y estéril. Hoy en día a esos niños traviesos igual se los internaría en centros de reeducación, donde por supuesto aprenderían todos los vicios y brutalidades. Los locos, antaño, eran parte de la sociedad y su presencia tal vez influía en potenciales orates para que se abstengan de llegar a semejantes extremos. Sin saberlo el loco, y el tonto del barrio, ayudaban a equilibrarlo. Pero desde hace algunas décadas se ha optado por encerrar a cualquiera que dé síntomas de anormalidad, o a drogarlos hasta extremos patéticos; sin embargo la sociedad en general se ha ido volviendo más y más loca, y esa locura colectiva, me temo, es la peor y no tiene remedio, pues la locura se ha convertido en lo normal. ¿Qué es si no la vida en una gran ciudad? Entre los animales salvajes y libres no hay ninguno loco, en cambio en los enjaulados en los zoológicos, abundan, igual que entre los humanos enjaulados en la locura económica y en la selva de cemento.

Que un loco ande suelto no es nada, pero que la humanidad entera naufrague en el delirio irracional y autodestructivo es muy grave.

Locura es la incapacidad de relacionarse con los demás y el mundo, y el ser humano lleva practicando, desde hace siglos, esa incompreensión y ese desprecio por la naturaleza, pese a que es nuestra casa, pero que la usamos como si fuese de alquiler. Hasta la edad media parece que el hombre se contentaba con lo suficiente, pero a partir del renacimiento y la reforma el hombre se volvió cada vez más y más capitalista reduciendo la vida a un solo valor: el económico. Mucha culpa de esto la tuvo Calvino que, en su demencial concepto de la religión aseveraba que no hay salvación sin la intervención de la gracia divina, hagamos lo que hagamos, si Dios ya nos había condena-

do, no había nada que hacer. Sin embargo dice que los bienes materiales pueden ser una señal de que alguien es uno de los elegidos. Desde entonces la locura por acumular y acumular bienes materiales ha ido en aumento, tanto que hasta la religión católica ha adoptado esta idiosincrasia gracias al Opus Dei que, en un santiamén, ha logrado que los ricos entren en el reino de los cielos sin que los camellos hayan pasado por el ojo de una aguja.

San Francisco fue un pringado, dicen. La misericordia se ha convertido en santificado egoísmo. Desde luego las religiones monoteístas, que afirman que el hombre esta aquí para usufructuar el mundo entero, han contribuido a crear esta locura irrespetuosa que nos ha llevado a contaminar tierra, agua y aire hasta límites intolerables. No obstante el destino también ha metido su indefinida, pero por eso no menos fatal, patita. No se puede entender la conquista de América sin él. En América ni siquiera había propiedad privada: los indios que vendieron Manhattan a los holandeses, por cuatro chavos y unas botellas de güisqui, se tronchaban de risa porque no entendían cómo se podía vender un trozo de tierra. Sería el equivalente a que, a nosotros, alguien nos propusiese comprarnos un trozo de aire. Se la venderíamos en seguida y luego nos iríamos a tomar unas copas a nombre de tan iluso ser, pero luego encontraríamos vallas en el aire, seguro. También las gestas de Pizarro y Cortés no se pueden entender sin la intervención del destino. Desde entonces, todo tiene su precio y la locura consumista amenaza a nuestro entorno y a nuestra especie. Somos el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra, y hasta tres.

Desde luego sólo una locura total puede volver tan ciegos a los hombres. Nada nos redime por dejar semejante herencia a nuestros descendientes.

Lo único que nos puede salvar es el respeto por todo lo creado, lo demás, es locura colectiva bien engrasada desde hace siglos.

EL DESATINO CONTROLADO

Crepúsculo

Por Juan Miguel González Mejía

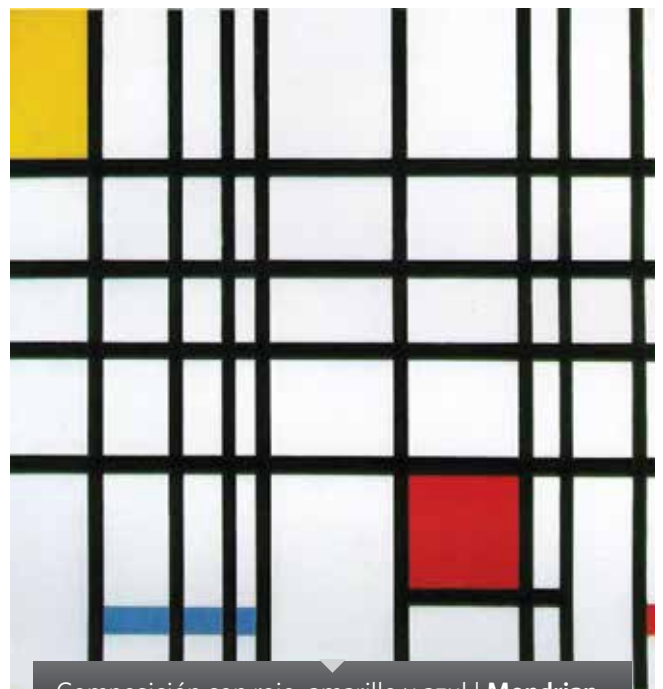
Cuentan que una vez un hombre se fue dando cuenta que se estaba volviendo loco y de pronto se asustó mucho. No quería que los demás lo supieran. Lo que más miedo le daba era que los demás se dieran cuenta, ahí radicaba el verdadero peligro para él, no tanto en volverse loco, porque sabía que el mundo no trataba bien a los locos y pensó con lógica que era probable que le esperara mucho sufrimiento. Como no quería que le pasara eso, el buen hombre concentró todo su afán en hacerse pasar por cuerdo costara lo que costara, aunque luego se dio cuenta que a veces le costaba muchísimo. Tenía que lograr un control insuperable de su locura, refinarla hasta casi lo infinito para que pasara desapercibida entre la gente, y esa obsesión le hacía meditar y remeditar constantemente todo lo que estaba haciendo, a fin de evaluar si entraba dentro de lo normal o no.

Pero estaba loco de verdad y eso no lo podía negar. Sabía que los locos se caracterizaban porque no podían encajar con normalidad en el mundo de los normales, no porque tuvieran cualquier manía o rareza sobre el mundo, que hasta eso podía ser aceptado dentro de lo normal, sino porque literalmente se encontraban fuera de la realidad viviendo en otro mundo muy distinto y aparte del normal; con frecuencia perdían completamente la conexión con el mundo de los demás y los choques y las interferencias se hacían inevitables.

Pero el hombre de esta historia fue dándose cuenta al fin que a la gente normal le costaba mucho detectar a los verdaderos locos, no a los pobres locos tontos que habían perdido el control y enseguida eran localizados y neutralizados, sino a los locos sutiles y refinados que podían vivir sus delirios lúcidos en medio de la multitud, completamente alejados de la realidad normal y sin embargo tan bien camuflados, que la gente normal no alcanzaba ver el abismo que

**“voy camino a la locura
y aunque todo me tortura,
se querer.”**

Vicente Fernández



Composición con rojo, amarillo y azul | Mondrian

parecían sugerir sus contradicciones. Para la gente normal tales delirios no se encontraban entre sus cables conocidos, no los creían, se bloqueaban si pensaban en eso, y generalmente se aburría y acababa por ignorar a estos locos tan sofisticados.

Y así fue que este hombre que se volvió loco y que luego se volvió loco lúcido, podía vivir la mayor parte del tiempo entre la gente sin que nadie se percatara de su locura, viviendo de manera tan normal como ellos, mimetizado exactamente entre ellos, y a la par viviendo también libremente su propia locura disfrazada hasta donde ella lo llevara.

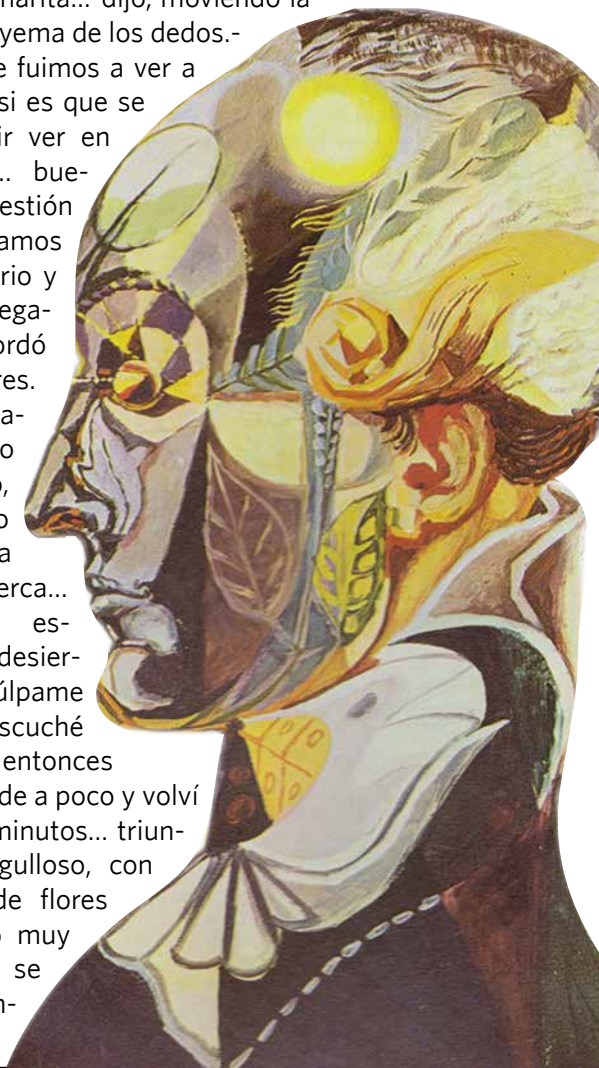
DE HABLAR CON LAS PLANTAS

Crepúsculo

Por Verónica Leyes

Se escucha la llave girando y la puerta, que al abrirse chilla suavemente. El enciende la luz de la cocina. Deja las llaves en la mesada, y abre las cortinas, dejando ver la negra noche resplandeciendo vaga en la habitación. Se quita el saco y lo acomoda en el respaldo de la silla, y entre bostezos, luego de una dura jornada, toma un pequeño rociador y se acerca a un ficus que se encuentra inmóvil en la esquina, mientras estira los dedos para apretar el botoncito rojo de la cafetera. Ya llegué-mientras rocía las hojas-ya estoy en casa. Visiblemente cansado, acaricia las hojas y continúa.- Tuve un día muy largo hoy. Otra vez discutí con Ramírez por la misma cosa. Deja su taza en mi mesa para irse a fotocopiar y cuando llego cargado de papeles hasta la frente...adiós a tu taza, y a tu te...y a mis papeles! Ay señor! Es que la gente no aprende. Se gira hacia la mesa, arremangándose la camisa, sin soltar el aparatejo lleno de agua. -Y para vos también hay! Que tortura, tener que hacer esto... es tan triste que sólo ustedes me esperen en casa. Debería comprarme una mascota. Una tortuga tal vez, esas no hacen ruido, ni desorden, ni reclaman amor! Hasta parecen piedras... incluso más simples que ustedes. Deja el rociador frente a la medinilla que está en la mesa, en flor a borbotones, y se sirve el café medio tibio. Se sienta en la mesa pensativo y mira de reojo la planta, mientras sorbe la taza. "no olvides hablarle a las plantas" ja! "ellas lo sienten todo"... Un poco más animado, se reclina sobre la silla y rosa las hojitas de la medinilla, que al sentirlo se cierran en un santiamén. -No es tan difícil. De hecho es más fácil que con las personas. Aunque las personas también contestan...y se puede argumentar y discutir, y apasionarse en la conversación....pero también se quejan...en especial las mujeres. Si lo sabré yo! ... sí que se quejan! Si la habré escuchado mil veces: no tires la ropa en el suelo! No te olvides de la leche! No te acuestes sin bañarte! Y tantas cosas más... era una enumeración diaria de faltas disciplinarias y normas de convivencia... pero como la extraño. Aun con todo, siempre me perdonaba. Siempre! Como en nuestra primera cita, alguna vez ella les contó? Nos encontramos en la plaza, cerca de la parada del 720. No me acuerdo que hora era, pero hacia frío. Ella llegó, tan hermosa. Apenas

un saco muy fino de hilo, y unos tacones altísimos... Claro, parte del engaño, porque nunca fue alta y eso si lo recuerdo... en fin. Me preguntó a dónde vamos? Y yo le dije que a casa... "Tomamos un remis?"-me dijo- no...es cerca, caminemos que la noche es hermosa...y se ve que le pareció romántico, porque no dudo en tomarme del brazo, y simplemente caminar... -se sonríe-claro! ... a las quince cuadras ya no le parecía tan lindo... temblaba como un papelito del suelo y le dolían los gemelos -y todo porque yo no quería pagar un auto-... se imaginan? Pensé que me iba a odiar, pero no... Se movió en la silla, mirando al ficus, como si de verdad se trata de alguien, y soltó un profundo suspiro de complicidad. -Y ni hablar de la vez de la visita a Chacharita...-dijo, moviendo la taza con la yema de los dedos.- Resulta que fuimos a ver a su abuela, si es que se puede decir ver en este caso... bueno... la cuestión es que entramos al cementerio y cuando llegamos se acordó de las flores. Era un feriado, o algo por estilo, porque no había nada abierto cerca... era como estar en el desierto. "discúlpame nona" la escuché susurrar... entonces me escurrí de a poco y volví a los diez minutos... triunfante y orgulloso, con un ramo de flores de plástico muy lindas .ella se puso con-





Goethe o la metamorfosis de las plantas | André Masson

tenta... se veía tan linda cuando la hacía feliz. "mirá nona, justo las que te gustan! Y nos fuimos... el problema fue cuando salimos: "está todo cerrado! de dónde sacaste las flores?"... Emmmm... "Ay no! Ay no!"- el se agarra la cabeza imitando la indignación del rostro de la que recuerda... -"le robaste las flores a un muerto". pero amor, Carlos Alberto ya no las necesita! Solo las sacudí un poco y... vos estabas tan compungida... No me habló en todo el camino, y yo me enojé también! claro! porque pase de ser un héroe a ser el villano. Yo! que tanto me camine ese laberinto buscando una flor para la nona! ... - Vuelve a sonreír y se le escapa una risita, y sus ojos se encienden un instante al levantar la cabeza- al llegar ella se encerró en el baño... y se empezó a reír a carcajadas, de a ratos se ahogaba... no quería que la oyera, y cuando al fin salió, trató de mirarme con esa mirada...esa, ustedes saben! La de desprecio...pero no pudo... "pobre Carlos Alberto" me dijo... y se fue a dormir. Yo pensé que nunca más me iba a hablar... pero no... El aleja la taza sobre la mesa y toma en cambio, la pequeña maceta con la medinilla, hasta ponerla de frente a su rostro, y la mira fijo... -Pero la peor... fue la de mi compañera de trabajo. Ella me fue a buscar ese día y yo no sabía. Estaba llena de sorpresas... de verdad. Pero ese no era el día. Resulta que estaba atrás mío, y yo muy entusiasmado y meloso, acomodándole la chapita del nombre a mi compa... Ay dios... Cuando la escuché... fue muy cor-

to, fue un segundo, pero vieron lo que dicen? De que antes de morir uno ve toda su vida correr frente a sus ojos? Bueno fue así! de golpe se cerró el cielo y sentí como un rayo su aliento en mi nuca. Y que fue lo primero que se me ocurrió decirle? No sabía que era mujer... ja! Si bien la muchacha era plana, y bueno... algo masculina. Era de seguro lo más estúpido que podría haber dicho. No creo que haya un hombre más idiota, pero así fue. Y entonces, la vi llorar. Y me mató. Yo pensé que la iba a perder... pero no... En ese momento se levanta y lleva a la taza al fregadero. El ambiente se vuelve lúgubre y apagado. Su voz se hace taciturna y pesada.-y entonces llegó el fin. Y claro...ese día yo esperaba un te amo... no sé, un hasta luego lanzado en el último aliento...un te odio, un venite conmigo, un espérame... Un andate ahora...y...que me dijo? -la canilla se cierra, y se vuelve a las plantas secándose las manos con un trapo-"amor, no te olvides de hablarle a mis plantas"... Se hace un silencio bastante largo. El se saca la camisa y la tira sobre la mesa. Camina despacio hasta un pasillo que conduce al cuarto. -Y esa es toda mi charla de loco por hoy con ustedes. -de golpe se frena, antes de cruzar el umbral, y de espaldas hace un gesto con la mano y dice:- sólo una cosa más, quiero pedirles...-y baja la mano- es que ustedes no me dejen también, para poder recordarla... y sigue entrando al pasillo-y por favor llámenme a las seis. La luz se apaga y solo titilan las gotas sobre las verdes ramas.

ACERCAMIENTOS

Crepúsculo

Por Emanuel Kryskowski

Meses atrás. En realidad lo que importa es que fue el cruce, el quiebre. Qué palabra, realidad. No recuerdo la fecha exacta: las precisiones se me hacen cada vez más arduas, esporádicas, sin puntos de referencia que las ayuden entre la monotonía. Meses atrás, otoño, mayo o junio, noche. Las dos de la madrugada. Jamás voy a entender a los que dicen que son las dos de la mañana: falta tanto para el amanecer, a esta hora. ¿Seguirán diciéndolo? Por momentos oigo sus voces, pero no los entiendo. Y hablar con alguien sería agua en el desierto. Frío, oscuridad, un poco de niebla, humedad, afuera. Del otro afuera vino, viene el ruido que me obligó y me obliga, vuelvo a estar ahí, a correr la cortina para ver qué lo origina. Allá abajo, iluminado por el único poste que funciona en la cuadra, como un actor que acaba de salir al escenario que es la vereda de enfrente, un tipo de sobretodo gris hasta los tobillos y zapatillas blancas insiste en chocar dos porrones de cerveza. Vacíos. Llenos no sonarían así, y me acuerdo (estas nimiedades sí, fugazmente) de Warriors: de la misma forma, metiendo los dedos en los cuellos de las botellas, las golpeaba el malo de la película llamando a los buenos a jugar y dejar de esconderse.

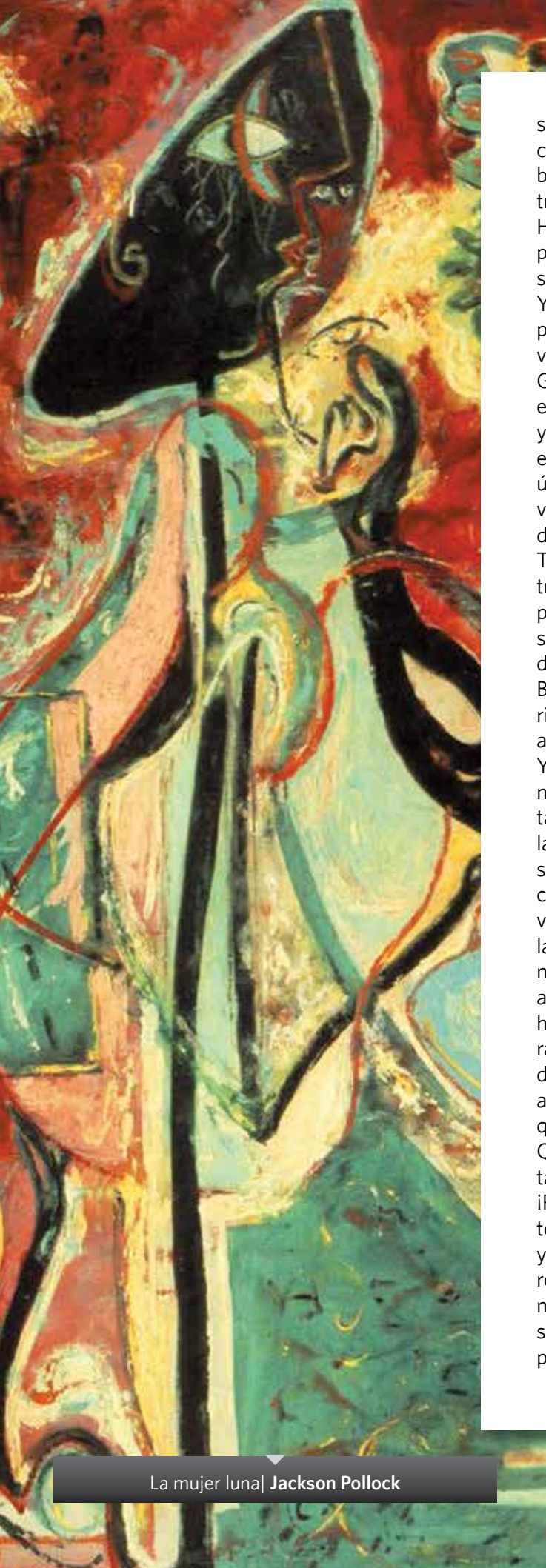
Pero el ritmo que convoca a los espectadores (nadie protesta por los ruidos molestos, y sorprende: para esto suelen ser muy rápidos, los vigilantes) es, advierto enseguida, también un detalle secundario. Lo fundamental es que el tipo tiene en la cabeza una bolsa de papel madera sin agujeros. Si no aterrador, lúgubre y sombrío. Si estuviera abajo seguramente sentiría miedo. ¿Un loco? Me resisto al facilismo. Le tengo demasiado respeto a la palabra, loco. La locura no es algo divertido, sé. Tampoco un encapuchado, que es verdugo o condenado. Pero el verdugo debe ver. Un condenado, entonces. Solo. Nunca hay nadie a esta hora en la calle. Podría sacarse la capucha, si quisiera. Se la habrá puesto él mismo. Capuchita, pienso. Para actuar, ¿qué?

Hecho el llamamiento, concitada la atención (la mía, por lo menos), cesó el tintineo. Las botellas, guardadas en la mochila sobre el cantero seco del kiosco, son reemplazadas por lo que, desde mi cómoda platea del 4º piso, es o parece una caña de bambú. Con ella camina el encapuchado hacia su izquierda, mi

derecha, la esquina próxima, y toca las ramas deshojadas del árbol, haciéndola girar en lentos semicírculos mientras se balancea. Una especie de ritual, de danza samurai que se prolonga varios minutos y, se me ocurre, debe ser vista también desde otras ventanas del edificio y los balcones, al margen de que no escuche a nadie. Ni siquiera una burla. No da para burlarse. Una capucha, aunque sea una bolsa, siempre intimida. Imagino el susto de un peatón desprevenido que doblase y de repente se encontrara con él, que retrocede sin darse vuelta hasta dejar nuevamente la caña en el cantero para agarrar la mochila y colgársela del hombro.

¿Fin del espectáculo? No. Olvidó o fingió olvidarse de atarla. Las botellas caen al cordón rompiéndose con estrépito de cristales, y los que no quedan en el borde siguen hasta el agua. Ahora sí: será inevitable que alguien se asome a protestar, lo putee, llamen a la comisaría para que venga un patrullero, los vigilantes, siempre exagerados, y mucho más a las dos o tres de la madrugada. No fingió: parece momentáneamente desconcertado. Gira la cabeza oculta, la alza como si recién en este instante hubiera despertado y se supiera observado. ¿Un sonámbulo? Demasiado preparada, pienso, la puesta en plena calle, en la avenida desierta. ¿Sintiéndose en falta? Y yo también, curiosamente. Como si estuviera presenciando un acto íntimo, secreto, que no me corresponde ver. Lo que no es suficiente para que deje de hacerlo: espío, casi cerrada la cortina. Como si pudiera verme, desde allá abajo y encapuchado, a ciegas. Se agacha, se acucilla, tantea así, sin ver (¿o un poco?), con ambas manos, donde quedaron los vidrios: en el cordón, en el agua que se las moja. Los remueve, despacio. Y pronto, más rápido. Pálidas, pequeñas manos que, lo anticipé, se tiñen, se enrojecen, heridas, cortadas. Aún sin queja. La parsimonia, otra vez, pese a que tienen que dolerle. El alcohol, el bebido, no anestesia tanto. Lo sé. Vuelve a pararse y con las manos ensangrentadas se saca la bolsa de la cabeza para mirárselas. Largo pelo blanco. Un viejo. Ni la había pensado, esta coincidencia. Ahora sí, grita, abriéndose el sobretodo y echando la cabeza hacia atrás. Mucho menos preví esta sorpresa de que sea una mujer.

Al otro rojo, pleno, recargado de los labios abiertos,



se suma el rastro que acaban de dejar los dedos en la cara hinchada, pálida como ellos pero no tan blanca ni brillante como el pelo. Platinado, deduzco: es un rostro joven aunque ya marcado, lo que el grito resalta. Hipnótico. Este dolor, intuyo, es anterior al provocado por el filo de los vidrios, un detonador. ¿Despertador, sí? Una sonámbula. ¿Pero venida de dónde? De lejos. Y hacia qué. Un error por los suburbios, con frío. Los pezones, me digo, como si desde mi ventana pudiera ver tanto, quieren atravesar la blusa bajo el sobretodo. Grandanesas, diría el Indio Solari. Como si me llegara el olor de algo más que la sangre, aun a tal distancia y con la ventana cerrada, mi aliento, más espeso que el de la madrugada, empaña el cristal. Podría verme únicamente con girar la cabeza. Pero en realidad, otra vez esa palabra, parece estar viendo algo más allá del aire sobre el asfalto. Y yo podría bajar a ayudarla. También cualquier otro de los que, no concibo lo contrario, deben observarla. Muy de cerca el chofer y los pocos pasajeros de un 343 que pasa, la fugacidad de sus rasgos tras las ventanillas del colectivo que no se detendrá.

Bajo los cuatro pisos por la escalera con mi pijama ridículo y urgente. La demora en aprovisionarme de algodón y del otro alcohol fue fatal para mi ansiedad. Ya no está, absorbida por la niebla que rodea al escenario enfocado. No puede haberse ido muy lejos, no tardé tanto y no escuché (¿pero cómo podría entre las paredes del edificio?) que aceleraran las suelas de sus zapatillas. Giro en círculos. Y no, se escondió, se camufló. Llevándose la bolsa de papel madera. ¿De vuelta en su cabeza? Hay tantas luces encendidas en las ventanas del edificio, y en los balcones. Aunque no veo cabezas en sombras, ellos deben verme, justo al pie del neón de la cuadra, incapaz de recordar qué hacía cuando me llamó el tintineo. Ya pisando la rotura sin sandalias de pescador, la sangre inconfundible de pecadora, inocente. No, no se habían fijado. Recién ahora, que soy la única estrella del espectáculo aunque no esté actuando.

Quizás estuvieron todo el tiempo ahí y no me di cuenta. Me gritan, desde sus plateas. ¡Tapáte, loca!, uno. ¡Por lo menos teñíte, gorda!, otro. ¡No te cansás de tener el palo en la mano, eh, enferma! Tienen razón y no, y en el dolor me pregunto qué es, la razón. Y el rojo oscuro en mis dedos hinchados, y tanto frío por más que trate de cerrarme el sobretodo. Ahora sí: la sirena, de blanco, de nuevo, por frenar, para llevarme, para traerme. Meses atrás.

Laberintos

Por María del Carmen Rourich de Navoni

Penetrar en la mente de otros seres
es transitar laberintos sorprendentes.
Hay caminos de amor, reblandecidos;
fragilidad y continuos desvaríos.

Hay zonas de montañas escarpadas
y valles de infinita transparencia:
bonanza o tempestad de pensamientos.

Figuras espectrales
fiebre de pesadillas-
Extrañas inquietudes,
sosegados silencios...

Se recorren senderos y quebradas
que conducen a espacios insondables
-con paisajes de eternas maravillas-
donde anida, por siempre, la cordura
y caminos secretos que nos llevan
a cavernas ocultas y profundas
con mundos de crueldad y de locura.

Penetrar en la mente de otros seres
y descubrir miserias o fortunas,
es abrir una puerta muy pesada
para ver si allí está Dios o está la nada.

Rutas de la locura

Por Yelitza García-Colón

Huiré del cansancio que me cansa
y sacaré las manos del dolor que
duele,
como una aguda y mortal amenaza
que al corazón quebranta y muele.

Saciaré la sed que me fatiga
cuando el sol de la amargura castiga
y ante el despojo de asilo y abrigo
reposaré a la sombra de un árbol
amigo.

Consentiré la senda que abrevia cami-
no sin pisar las flores a la orilla del río
que abrieron sus pétalos a mi destino,
será en mi vida un gran desafío.

Recorreré las rutas de la locura
que se producen al vivir estando viva,
pronunciando en voz alta y con dulzura
que mi vida fue intensa y emotiva.

Ayer Esquizoide

Por Yelitza García-Colón

Humo de sueños, sueños indóciles,
aventuras pendientes por vivir.
Besos herméticos de labios inmóviles,
con los ojos abiertos y sin querer dormir.

Ausencia fugitiva entre la multitud,
recuerdos furiosos volando en la memo
huellas del silencio bajo inertes escom-
bros, revoloteando en la nada por alcanzar
la gloria sobre la fría calma lejana del
frenético asombro.

Crujen las costuras de la herida errante,
que almacena esquizoide el ayer en mi.
Se levantan vientos de tormentas pensan-
tes con ráfagas inmunes sin dejar vivir.

SUEÑOS DE HOSPICIO

Crepúsculo

Por Carlos David Rodríguez

- Onirismo -

Si no fuese un loco podría contarte que la luna es más grande que el sol. Que los lobos son diablitos sin cuernos o que bajo mi cama hay monstruos eternos.

Si no fuese un pifiado podría asegurar que esos árboles me están mirando. Que la calle retumba bajo mis pasos o que la tarde se enciende con crudos chispazos.

Si no fuese un colifa podría aseverar que mi sombra es más inquieta que mis movimientos. Que las avispas son para la guerra aviones y que los autos son tanques sin cañones.

Si no estuviera piantado podría decirte que cuando cierro los ojos veo lo que va a ocurrir. Que el arco iris en realidad es todo gris o que mucha gente está cerca de morir.

Si no estuviera fuera de sí podría demostrar que esos marcianos están acá. Que dicen venir en son de paz y, aunque no es verdad, llegan para no irse nunca más.

Si no fuese un desquiciado podría hablarte de todo lo que aquí ocurre. Que cuando se apagan las luces las paredes rugen y es entonces cuando los sueños fluyen.

Si no fuese un demente podría jurar por Dios que las camas vuelan tan alto como las banderas. Que el Diablo se acuesta a mi lado porque el corazón ya lo tengo ofertado.

Si no fuese un lunático te podría confirmar que cada cual tiene una función en este disparate. Que la sangre en realidad no es roja o que las nubes no son más que simples esponjas.

Si no estuviera ido te diría que extraño jugar con los señores de verde. Que puedo volar sin tener alas o que puedo dispararte sin tener una sola bala.

Si no fuese un delirante no podría explicarte que esas

luces explotan cada vez que tocan el suelo. Que los relámpagos ciegan y arden mis ojos o que los muertos me conversan cuando yo más me enojo.

Si no fuese un orate podría avisarte que te cuides de las hormigas y los camiones. Que en el fondo del océano hay pozos dañinos que hicieron los peces de vientres asesinos. Si no fuese un chiflado te gritaría ante el pelotón que la salvación no es un yuyo. Que un pulpo maldito hace girar este mundo y simula ser un vagabundo.

Si no estuviera pirado podría susurrarte que los pájaros hacen mucho daño. Que los tiburones son jilgueros o que aquí no hay sabiola que no tenga agujeros.

Si no estuviera tocado podría amenazarte con que las rocas te matarían si las tocas. Que eso que dicen sobre el honor no es cierto cuando se vive el horror.

Si no estuviera insano podría explicarte con detalles lo que pasa cuando cruzamos al otro lado. Que nuestro cuerpo se pudre, pero que la mirada sigue alerta, por más que la mente no esté despierta.

Si no estuviera desequilibrado podría esbozar que las espinas no hacen tanto daño. Que lo que corren no son los años o que los pecados se van con un buen baño.

Si no fuese un guillado podría ladrarte que las voces no son más que el viento. Que los helicópteros dejan manchas y que nadie sabe lo que es entrar a la cancha.

Si no fuese un alienado no vociferaría que las pulgas son coliflores. Que los barcos son de cristal, que lo dulce es lo que lleva sal y lo que no desaparece es el mal.

Si no fuese un enajenado podría repetir que soy un tarado. Que la verdad de la vida la tienen los suicidas o que el amor ya no es una confiable salida.



- Reflexión -

Si no hubiera tocado fondo no estaría aquí entre colchones, con silencios que no existen, con ataduras que dejan moverme, con ideas que hacen perderme, con brujas que logran convencerme.

Si no estuviera encerrado moriría por asesinato, conversaría con los patos, estrujaría los fantasmas, me olvidaría de mi alma, me entregaría a las pirañas, sería tela de araña.

Si no fuese sólo un loco me postularía para presidente, sería guerrero de Esparta, el cura en bodas de plata, perro en casa de mis dueños, viejo al que no le pasan los años, montaña que sobrepasa alturas, caballo que no lleva montura.

Si no estuviera loco no entendería lo que ocurre. Que el dolor puede ser muy cruel si nunca se pasa y que vivir puede ser una amenaza cuando hasta el destino te aplaza.

Si no estuviera loco no caería en envases sin fondo, no sabría que las heridas dejan marcas, las que se ven y las que destruyen el alma. No se si alguna vez llegará la calma.

Es que hoy sólo quedan historias piratas, soledad incomprendida y eterna angustia en quimeras de lata.

- Final -

Es que cuando la guerra no te mata arden las llagas de esas luces que estallan y no queda más amistad que la que puedas hacer con una rata. Ves madre e hija con pasajes de avión. Tu familia empaca porque ya no te aguanta. Solo queda el infinito encierro hablando con el infierno que no te abandona ni aunque duela el invierno. Es que esos hombres no se hacen cargo de lo que me hicieron y luché por ellos. Inflaron mi pecho de orgullo para defender una patria que no concuerda con sus ambiciones. Ellas eran mayores y no les importaba en absoluto esos colores que yo y muchos más defendimos con valentía para nada. Todo para terminar en una habitación vacía, pero llena cuando mis ojos se cierran. Todo para perder lo que tuve de un tirón sin entender como pasó. Fui víctima del horror por mis ideales traicionados y mi mente ya no entiende de razón. Y nada más tiene derecho de reflexión, pues el resto que queda de mi vida ya no tiene solución.

AL BORDE DEL ABISMO

Crepúsculo

Por Alejandro Ramón

Te confieso que me siento algo confuso. No distingo bien el punto donde el mundo termina y empieza lo demás. Será porque estoy en armonía con la desarmónia general. O será porque hace tiempo que no charlo con nadie. En medio de tanto silencio es difícil interpretar la realidad. Ni falta que hace».

—Buenas tardes.

«Ya me parecía que no podía faltar. Sabe que me molesta pero igual viene. Tras que estoy intoxicado tengo que aguantarlo. Estaba tan tranquilo mirando por la ventana que da a la tarde... ¡Te das cuenta qué cínicol! Sin un rasgo de humanidad, con esa cara de nada, pregunta cómo me siento. Como si le importara. Lo único que quiere es hacerme hablar. Qué equivocación creer que aquí estaría a salvo. Como siempre comienza con sus frases remanidas: Buenas tardes, qué tal, se lo ve un poco triste, cómo se encuentra hoy. Cuando su voz o cualquier voz se filtra subrepticamente, el mundo, la habitación, la ventana, la tarde, me parecen extraños.

»Ahora dice que si no quiero hablar que no hable. ¡Mentiras! Sería dichoso arrancándome aunque sea un monosílabo. Ya debería saber que no quiero oír ni pronunciar nada. Creo que lo sabe pero igual insiste. Su consigna es agujerearme para que las palabras puedan entrar y salir de mí sin obstáculos.

»Todo empezó cuando me pregunté: ¿cómo sabemos, por ejemplo, que este es nacional y este extranjero, que esta persona es propiedad de esta otra, que este es un ladrón y este no? Porque alguien lo dice con palabras. Después empieza la difusión: la gente las cree, las declama, las escribe, las repite hasta convertirlas en verdades reveladas. Cada palabra dicha queda, deja marca, legitima los hechos por aberrantes que sean. Vienen acá, dejan sus historias... ¿Todo para qué? Para enfermarnos. Sí, para enfermarnos... ¿Acaso no son ellas las que diseminan el veneno? Parece tan complicado pero es tan simple...

Cuando me convencí de que afuera uno se contamina, no volví a salir.

»Fijate qué farsante, quiere parecer sorprendido. Tengo que resistir, cuando se cansa dejará de venir. Al menos eso espero.

»No sabe o no quiere saber que la ponzoña fluye por la lengua que habla y las manos que escriben, y entra por los ojos y por los oídos. Ni por la piel ni por el paladar ni por la nariz, nada más que por los ojos y los oídos. Los ciegos parecerían estar mejor posicionados, hasta que aprenden a leer con el tacto. Los sordos tampoco zafan: llegan a entender mirando los labios y hasta a hablar. No se salva nadie. Además hay una confabulación maligna. No puede ser casual que desde el nacimiento aprendamos el idioma e inmediatamente después a leer y a escribir. Yo estoy aprendiendo a no leer».

—Un orador destacado que no habla es posible que le tema a algo.

«¿Lo escuchaste? Por lo visto hoy ha dejado la clásica apertura Ruy López que venía usando y opta por el gambito. Querrá ver si me tiento y meto la pata. A las palabras, estúpido, a qué otra cosa podría temerle estando aquí. Me producen terror, se me paraliza la razón. Esas malditas no son fragilidades solubles en cualquier medio. Son trépanos que taladran los cráneos, balas que perforan el corazón de las ilusiones. Armas de destrucción masiva es lo que son. Personas, diarios, libros, micrófonos, cámaras, repiten y repiten, generan desbarajustes colosales. ¡Hay que huir de la peste! Una vez oí decir a un circunciso que encerrarse era perfeccionar el horror. Yo no estoy de acuerdo con eso. Quién sabe por qué lo habrá dicho. Tal vez haya tenido alguna experiencia personal.

»No se da por vencido. Ahora quiere saber si estoy contento sin ver a nadie. Claro que sí, pero tampoco es garantía de salvación. Aunque dejé de salir, seguí empeorando. Es que la maquinaria no tiene barreras, bombardea día y noche. Entonces pensé que apar-

tándome del diálogo tal vez... Pero tampoco.
»Cuando vi que en el cuarto no había TV ni radio ni esas cosas dije: aquí voy a estar mejor que donde estaba antes. Y lo estoy, aunque nunca la felicidad es completa: siempre hay alguien como este que viene a importunarme.
»Vivo en el presente como los animales, lejos de propagandas y discursos. No me llega nada, nadie me agrade, nadie me miente. Existo casi en abstracto, como en un sueño. Claro que para eso no tengo que salir. Afuera están los otros, los que hablan y se pelean y eso contamina.
»Te das cuenta, es un plumazo, la oscuridad va quedándose y el tipo no se va. El viento que viene a llevarse el día no puede con su genio, trae palabras como si le perteneciesen. Palabras que raspan las paredes, que escarban por debajo de las puertas como queriendo remover los goznes de mis huesos. Lo que tiene de bueno es que llegan entreveradas con otros ruidos y no las entiendo. Casi siempre me quedo monologando hasta que el día amanece contra su voluntad y la mía. Durante la noche encuentro una luminosidad más espesa que por la mañana.
»¿Alguna vez se dará cuenta de que el silencio ocupa el primer lugar en el osario de cosas valiosas perdidas? Seguro que no. Tampoco que se ha extinguido irremediablemente. Ya no se lo encuentra en ningún lugar del planeta. Si llegase a invadir por completo nuestras mentes, flotaríamos en la nada. Tal vez eso sea mejor. La mía está llena de palabras que recuerdo de antes. El asunto es que como pensamos con palabras, para librarnos de ellas tendríamos que olvidarlas a todas o poner la mente en blanco. Imposible. Por eso tengo la superstición de que la literatura pueda explicar las cosas inexplicables. Aunque agregar palabras a las palabras parezca un contrasentido, no lo es. La literatura habla la lengua silenciosa de los muertos en la que se debaten cuestiones únicas.
Siento lástima por él, cree que las cosas cotidianas van a cambiar.

Insurrección de Silencios, dolor de las sombras

Por Cristina Paula Piscoliche

Tantas cosas por decirte
en la desmesura de la mente,
tu ausencia me muestra
el camino hacia la muerte.
Entretejo las miserables palabras
que no salen de mis labios
Tu tangible ausencia,
marco mi destino hacia la luz,
se vuelve sombra,
es solo silencio
La incontrolable pérdida,
de la sensatez me llevo,
a reconocermme sin amor
en la brillantez, de tu mirada.

Amarres

Por Ana Romano

Al tiempo lacrado círculos
estampan los colmillos
Embadurna la locura
y subasta los barrotes
La mascarilla -por la clausura-
cincelada
se acoda en la intransigencia
de un pacto que se consume.

Cigarro

Ligado
a su demencia
lacera
mientras es contemplado
por el aullido.

LA VENTANA ROTA

Crepúsculo

Por Adriana Tuffo

Me cubro con la sábana y ese acto insignificante me devuelve la tranquilidad; no me ven, es mejor no ser visto. Custodio la propiedad desde mi cama de diseño antiguo a la que debí quitarle el dosel, porque me causaba una extraña impresión que minúsculos ojos me miraran entre los pliegues de las telas de damasco. Deseché el armazón y a quienes lo habitaban. Hoy vuelvo a estar vigilante, insomne ante las dudas que no me permiten dormir. No es posible que hubieran entrado, me pregunto cuándo habrá sido. Comienzo a dirigir mis pensamientos hacia el reducido espacio en el que estoy, a ordenarlos, a encarrilar el tiempo que empleo minuto a minuto en el plan de descubrir la verdad, aunque no lo consiga.

Me enfrasco en la tarea febril de reconstruir los últimos hechos con la mayor precisión y detalle. Ya ha sucedido antes. Ahora está pasando lo mismo. Primero me agita la sospecha, algún ruido me pone en alerta, sigilosamente los acecho, recorro la sala, el altillo, el cuarto de huéspedes, sin que se dejen ver, claro. Entonces, decido acostarme aunque no pueda dormir. El dormitorio es una fortaleza, ya llevo tres noches así.

La puerta está cerrada, me digo, las ventanas también. Mentalmente voy y vengo hasta la puerta de entrada para revisar el momento en que la he cerrado. Entré, dejé el maletín en la mesa sobre el vidrio tratando de no rayarlo, el bolso, sobre el sillón de pana gris, la chaqueta en el respaldo de la silla, sin que alcance a tocar el suelo. Cerrada. La puerta está cerrada. Ahora, la ventana de la cocina que tiene una hoja entreabierta, porque se le ha roto una bisagra y está así desde hace tres días. El portero no pudo encontrar al carpintero para que la arregle, entonces la ató con hilos de algodón y cables; al día siguiente, reforcé las ataduras con alambres que encontré en la obra en construcción de al lado; lo insólito es que se rompió de un momento para otro, sin que yo la haya abierto o quizás alguien o algunos trataron de forzarla, si bien mi departamento está en un sexto piso y

sería muy difícil acceder a él desde la construcción lindera. No se puede cerrar, pero tampoco abrir, eso me tranquiliza un poco.

En el ascensor no vi nada extraño, pero debo reconocer que tuvo una falla. Se había detenido en el segundo piso, luego arrancó solo y se volvió a detener. No es posible que sucediera allí. Si hubieran estado en el ascensor lo habría advertido. Éramos sólo tres personas. La señora del cuarto que saca al caniche a la misma hora, un señor de traje oscuro, que no es del edificio, no lo he visto antes como a otros que traen ropa de la tintorería o los pedidos del supermercado de la esquina, el último en ascender al pequeño cubículo de acero fui yo. Pensándolo bien, qué hace ese sujeto en el edificio, quién es. Tal vez sería mejor preguntarse quién diablos entra a la casa de uno sin ser visto y sin invitación. Ésa es la pregunta. Quiénes son y por qué me atormentan desde hace setenta y dos horas. En la cama, espero que salgan. Fui minucioso al revisar mentalmente cada rincón, las cajas están alineadas como las he dejado, los zapatos, también; al placard no he llegado aún, me intimidan las siluetas vacías que cuelgan de las perchas. Sólo algo ha cambiado, hay una puerta entreabierta, observo cuántos milímetros avanzan abriéndola, veo que asoma una manga o es mi idea, no lo sé.

Escucho ruidos confusos, aunque suene el timbre o los vecinos griten, no abriré, nada ni nadie puede hacer que deje de cuidar mi territorio, debo velar la noche entera. Necesito saber si ellos se mostrarán para verlos al fin. Me desespera ignorar cuándo lo harán. De golpe, advierto que me llaman por mi nombre, me sacuden, algo ciñe mis brazos, no puedo hablar, ni gritar. Quiero escapar, decirles que no me voy a ir de mi casa, que no pueden usurparla, no está en venta. No se alquila. Que me dejen, que no se metan en mi vida. Mis cosas no se tocan, grito enfurecido, no me oyen. Ya es tarde, la ventana está abierta, la puerta también. Ellos se salieron con la suya esta vez.



La loca | Theodore Gericault

La cara que me oculta la existencia

Crepúsculo

Por Cintia González

Gritaban mi nombre con una tosquedad inefable y sus quejidos sonaban como el hierro incandescente estampándose contra el suelo, incluso un solo susurro de esos labios, podían retumbar en mis oídos como mil relámpagos golpeándose contra un seco acantilado...

Amanezco cada mañana removiéndome con despropósito entre las sábanas; no puedo asegurar cuánto tiempo estoy empapada en la lluvia del delirio, pero esas voces cercanas propagándose por mi habitación son tan trascendentales, que exceden por completo los límites de mi experiencia.

Demasiado aturdida como para reflexionar sobre esos rostros de ojos firmes, me atreví incluso a reír mientras atrapaban mis manos y me abandonaban ante la soledad en el blanco impoluto de aquella habitación de hospital.

En el silencio de aquella NADA, dejé caer mi cuello hacia el hombro y con la cabeza ladeada, escuché el sonido de una voz ronca tras la puerta, la cual afirmaba entre sollozos: **"MI MADRE NO ESTÁ LOCA"**.

REPETICIONES

Crepúsculo

Por Cecilia Pagani

Desquiciada. Y no es poco, después de lo que le ha sucedido. Esto último ha terminado por devastarla. Él ahí, tendido en la sala, como en un sueño. Ella ahí, de pie en la sala, como en un sueño, cierra los ojos y se resiste y se niega. Se niega a verlo. No, no quiere verlo, prefiere errar lejos, muy lejos con sus pensamientos, hacia otras madrugadas cuando entretejían ilusiones de una vida larga, juntos, muy juntos.

Y de nuevo el horror se interpone y le vienen esas ganas de llorar y llorar como sólo ella sabe hacerlo. Y no, no es justo lo que le ha pasado, bien lo sabe pero por qué si ha sido buena, todo le dura tan poco, un suspiro apenas.

Sumida en esa cosa que se parece a la desolación, acaricia a este otro, a este último Eliseo, al que ha descubierto crecer escandaloso en su vientre y le habla y le habla haciéndole promesas de lo que harían ni bien fuera Carnaval y él decidiera salir. Pero a poco se le olvida y su cabeza vuelve, vuelve siempre al mismo lugar, a su Eliseo, al que ella ama y al que ha perdido y que no ha sido justo y eso se dice ella, que eso que le ha pasado, no, no ha sido justo.

Lo había conocido en tercero, en la cuadrícula del patio, short de gimnasia, buenas piernas, ojos chispeantes, un hola y un par de sonrisas y ese calor que le brotó desde dentro y el rojo de un no sé qué, se le instaló en las mejillas y ella supo entonces que él sería suyo, suyo para siempre. Y así fue. Y de pronto, el nado asustado de un pececito la sobresalta y a regañadientes regresa desde ese allá, donde se ha ido una vez más. Es que ella no puede dejar de pensar en todo aquello que le ha sucedido, se pregunta una y otra y otra, qué ha hecho, cómo ha sido esto posible. Y nadie, absolutamente nadie, acierta una respuesta, ni mucho menos convencerla, la llegada de este nuevo Eliseo sería un consuelo para sus noches de vela, para sus días de lloros sin descanso. Se lo manda el Eliseo segundo, el de los rulitos grasientos, el de los ojitos apagados, pestañitas pegoteadas, manitos frías, flojas, blancas casi azules.

¡Ay, a veces esta vida hace con nosotros, lo que sólo ella quiere!

Sí, la vida la ha castigado, está segura, pero no termina de entender bien por qué si ha sido la única y tierna hija de sus padres, ellos se le han ido cuando ella era tan chiquita, apenas una niña. Y esa imagen quiere arrancarla por pura voluntad, la hostiga, le corroe la cabeza, le punza el alma, una advertencia desoída y el Ford de papá aplastado contra el último vagón del último tren de carga que pasaba por estas tierras, lento, chirriante, desvencijado.

Sí, la vida se le ha vuelto un estorbo, se ha ensañado con ella, pero por qué si ella hubiera sido una buena madre. El Eliseo segundo, habitó su cuerpo al regreso de la luna de miel y partió antes de tiempo y ella tuvo los cuidados que le habían indicado, pero la criatura quiso abandonar ese mundo de agua dulce donde, sola y a oscuras, jugaba y se divertía. La caída por la escalera, un traspíe nada más, dos escalones y su fuente rasgada como un cristal, y no entendía cómo, acaso el peso del vientre la tumbara. Y todavía lloraba y aún no había agotado las lágrimas por ese angelito cuando la suerte quiso que la desgracia viniera a buscarla. Y esta vez un auto que se cruza de carril y se les viene encima y el Ford de ellos golpea y gira, volantea y frena brusco, violento impacta y resbala sobre el ripio y se detiene ahí, contra el amarillo de un cerco, espinudo, de cactus.

Y su Eliseo, el primero, el suyo, el que ella ama con el alma, la cara hecha trizas, el cuello roto, huida la mirada.

Y en su cabeza no hay memoria de otros momentos felices que no fueran los de su Eliseo y cuanto más corre hacia ellos, más se estrella con ella misma, se ve a orillas de la ruta, deambulando, como una extraña, como un espectro en el silencio escarchado de las tres, haciendo señas desesperadas, hablando con un alguien, subiéndose a una camioneta, tratando de responder.

Y en medio de este, su mundo despiadado, ha quedado sin consuelo, repitiéndose que no es justo lo que le ha pasado, preguntándose una y mil veces qué hacía ella ahora, escaldada en carne viva. Qué hacía



La Vida y la Muerte | **Gustav Klimt**

ella ahora, con el amor, con este amor que se le quedó en un alarido. Qué hacía ella ahora, con los besos, con esos besos. Y con el olor de su Eliseo y con este deseo de estragarse de felicidad en las entrañas, de volver a despejar esa frente luminosa, de escuchar esas palabras, tontas, que le cuchicheaba, despacito, a sus oídos. Y qué hacía ella ahora, con las ganas, con las ganas de hacerse uno solo en el abrazo.

¡Ay, la vida...!

¡Ay, a veces esta vida! Esta emputecida vida hace con nosotros lo que ella quiere.

Nos desarma. Nos desnuda.

Nos despoja.

Voces amigas le dan ánimos, la traen de vuelta, la quieren aquí, le piden que no se marche. Y ella como una niña obediente parece entender y hacer caso. Y sonrío apenas y asiente así, con la cabeza. Pero a poco ya olvida y vuelve a vagar en el desvelo de su cuarto.

Y en esas estaría, quién sabe, una madrugada de febrero cuando rodeando la delgadez de su cuello y sosteniendo el cinto de una bisagra, el piso se le desploma en un abismo. Al tiempo que, través de las paredes de su vientre, ella ha tomado fuerte la manita de este último Eliseo, a quien sólo un instante antes le ha prometido corretear por un jardín de flores exquisitas. Sí, le ha jurado que el Eliseo suyo, el que ella ama, los aguarda ahí, con un durazno partido, con una sonrisa ancha, con un mundo redondo.



Locura

Por Héctor Godoy

Habitame,
penetrame la carne
con ciega locura,
llaga por llaga,
de sombra a sombra.

Locura

Por Rene Abate

No me importa si es real
para este mundo, o tan solo
son, mis alucinados sueños.
Yo la he visto, entrar por la ventana,
con cristales y rejas bien cerrada,
Yo la he visto, bajar por la escalera,
tan hermosa está hoy, como era entonces.
No me importa, si hundido en la locura
a este mundo tal vez, no pertenezca...
Si loco, puedo verla en cada instante,
cuando todos, quizás ni la recuerdan.

El Falso Espejo | René Magritte

El Loco Raiza

Por K. Olivera Fleita

La la laa lala laaaaá
El loco no ve suciedad ni rotura.
Ha extraviado la llave
detrás de su oreja izquierda
en sueños,
al despertar olvida, y es feliz.
El loco en cueros, asomado a la razón
ve vacío, aburrimiento, a-normalidad.
Lala la la laaaa laaaaá.
El loco tiene un reloj
de más de veinticuatro horas de instintos
con largas lunas y soles
y hambre, mucha hambre.
Canta,
sin miedos ni escenarios
pero con mucho más público
Lalala la lala laaaaá
Si desafina.
¡Aplausos!

TAN CERCA, TAN LEJOS

Crepúsculo

Por Juan Guillermo Henrich

Era la cuarta vuelta a la manzana. Caminar a las dos de la tarde bajo un sol impiadoso no era algo placentero, aunque la sombra de algún que otro árbol de copas amplias y verdosas daba algún respiro ante tanto calor. Era un barrio que no pertenecía a una zona céntrica de la ciudad, pero tampoco estaba tan alejado. Las calles estaban asfaltadas, los cordones lo suficientemente prolijos para enmarcar las entradas de autos de las casas de tejas rojas y blancas paredes, que eran comunes en aquel lugar desprovisto de edificios.

La primera vez había pasado rápidamente por delante de la casa, con pasos cortos y veloces, y apenas levantó la vista para sólo poder determinar que estaba pasando por la puerta de rejas negras, aunque ya lo sabía y no hubiera sido necesario ni siquiera mirar. Las siguientes 2 veces, se cruzó de vereda apenas dobló en la esquina más alejada, para de esta forma poder tener más tiempo para mirar, pero también para pasar desapercibido, aunque una calle sin autos era todo lo que mediara entre él y las rejas negras que cubrían todo el ancho del frente de la casa.

La cuarta vez que volvió a pasar, pensó que no era ya necesario dar más vueltas, pero dudó un instante: quedarse en el mismo lugar mirando hacia el mismo sitio mucho tiempo, era, según él, motivo más que suficiente para que sospecharan, y cualquiera podría tildarlo de ladrón, o asesino, o secuestrador o algo lo suficientemente malo para que la Autoridad se lo llevara preso.

Pero bajo aquel sol, esa pequeña sombra, ofrecida por un magnífico ficus que besaba casi con descuido una pared gris enfrente de la casa, era muy tentadora.

Se sentó sobre la vereda de cemento, apoyó la espalda en la pared, miró hacia el verde de la copa y cerró los ojos. Comenzó a beber a grandes sorbos un fresco descanso que en ese momento se había vuelto lo único importante.

Volvió a abrir los ojos, respiró profusamente y fijo la vista nuevamente en la casa. Observó que a diferencia de las casas aledañas, esta no era blanca, sino de un color marfil añejo, y las tejas del techo no eran rojas, sino de un oscuro rojo.

Su temperatura corporal había descendido y la mente se había aclarado. Escudriñaba en detalle la casa, en busca de signos de vida, algún movimiento en particular, pero la casa estaba desoladamente quieta. Las ventanas cerradas, las puertas, las rejas, incluso el pequeño jardín del frente y el pasillo lateral en el cual se podía divisar alguna petunia, todo, absolutamente todo estaba inerte. No pasaban autos, ni gente. Ni siquiera pájaros.

Pensó que si fuera más tarde, esa quietud sería aterradora. Pero a las dos de la tarde, (ahora ya casi las tres), con un día casi perfecto, esa calma sólo era algo normal que sucedía en horas de la siesta.

Esbozó un sonrisa. Ya pronto aparecería. Con sus cabellos negros, largos hasta un poco por debajo de los hombros, con su cuerpo de una mujer que en sus cuarenta, era la envidia de muchas adolescentes. Con sus labios carnosos, sus hermosos ojos de color caramelo, el perfume de su piel. El la reconocería entre miles de mujeres, en un detalle casi milimétrico de su figura.

Sus ojos continuaban mirando fijamente la puerta de entrada, que desde su punto de vista parecía estar, como el resto de la casa, dividida en perfectas parcelas, ya que la reja perfectamente pintada de negro que se erguía desde la vereda, producía ese efecto.

Finalmente vio como la puerta de entrada se abría. Instantáneamente se paró y quiso moverse para no parecer que estaba esperando, como para que todo fuera casual y que nadie pensará que estaba ahí a propósito. Acomodó su camisa, se limpió la parte trasera de su pantalón.

Su respiración estaba agitada, su ser estaba alterado. No hubiera podido articular un simple sonido, aún si se lo hubiera propuesto.

La vio salir. Su pelo negro suelto, una camisa blanca apenas abotonada hasta su entrepecho, el corpiño que se traslucía dando un marco perfecto a su busto erguido, su pollera larga hasta las rodillas, que ajustaba y delineaba sabrosamente sus caderas. Cuando ella se halló en la vereda, cerró la puerta de reja de la calle y puso llave. Miró hacia su izquierda y hacia la vereda de enfrente en forma desinteresada y luego

empezó a caminar hacia su derecha, con paso firme en búsqueda de la esquina.

El no quitó sus ojos de ella ni un instante. Guardó todos los detalles en su memoria, para no olvidar absolutamente nada.

Comenzó a seguirla, cruzando la calle en grandes zancadas. Él estaba seguro que ella lo había visto, pero lo perturbó el hecho de que ella, probablemente no se hubiera percatado de su presencia. La vio desaparecer al doblar la esquina que estaba más próxima a la casa, y aceleró un poco más sus pasos para no perderla de vista.

La calle transversal estaba tan vacía como en la que la había estado esperando, por lo que, pensó, no se habría perdido en una multitud. Al doblar la esquina, la buscó casi con desesperación.

Y ahí estaba. Y también un hombre junto a ella. La vio dándole un abrazo de esos que solo ella sabía dar, con un beso que llenaba completamente la sensación de ser besado. No sólo besaba y abrazaba magníficamente. Daba placer verla haciéndolo.

Recordó por un instante los besos que se dieron, y pensó que siempre cerraban los ojos al besarse. El creía que no hacía falta ver al otro al besarlos, porque en ese momento los labios se comunicaban y el resto de los sentidos sólo tenían que prestar atención, como pasivos espectadores, a esa hermosa forma de decirse amor que tenían los seres humanos.

Pero también recordó que en una ocasión, el abrió los ojos solo para ver su rostro. Vio entonces el reflejo exacto de la pasión y el amor. Vio todo y más. Y sintió otra vez.

Volvió a sentir que la amaba. Como a nadie, como a ninguna. Era ella, solamente ella. Su vida, su mujer, su razón.

Parado a metros de ellos, la escena lo perturbó de varias formas; lo molestó, lo enojó y hasta lo excitó, pero estaba quieto, casi congelado. Los síntomas que percibía eran su respiración agitada, entrecortada y sus manos algo transpiradas.

No tenía celos del hombre. Su autoestima era mucho más que enorme para mantener impoluto su orgullo varonil.

Pero su decisión estaba tomada. Era la decisión más firme que había tenido. Mucho antes de este momento, incluso mucho antes de que el supiera que lo había decidido. Alguien decía que las cosas sucedían

como tenían que haber sucedido, que nunca jamás habría podido suceder lo mismo de alguna otra manera, que nada podríamos haber hecho para torcer el destino.

Sin vacilar, movió su pierna izquierda hacia adelante, en ademán de dar un paso hacia ellos y en ese instante todo se oscureció para él.

No supo nada más. No escucho nada más. Solo silencio y oscuridad. Todo su mundo pasó a reducirse a un negro sin formas y a un silencio que era tan profundo como el más fuerte de los alaridos.

Ya no había sol, ni calor, ni veredas, casas, ni sombras. Días después, en el diario local, un pasquín de no más de treinta o treinta y cinco hojas (cuando se emitía con los especiales deportivos de los días domingos), se podía leer como una noticia más dentro de la sección necrológicas, una breve nota que informaba acerca de la muerte de un querido vecino, de correcta conducta y educación, que fue hallado sin vida en la vía pública. Entre párrafos escritos casi como con descuido, se podían leer algunas consideraciones como “..que hacia muchísimos años había enviudado...”, pero que seguramente ninguno de los pocos lectores del diario llegaría a leer.

Los vecinos de la zona solían decir que varios días a la semana se lo solía ver sentado en la vereda enfrente de una casa abandonada, arrumbada, de paredes rajadas, con rejas oxidadas e inclinadas, un jardín crecido y tupido de yerbas y malezas y con un techo hundido de tejas rotas que hacía tiempo habían perdido su color anaranjado. Algunos decían que esta casa supo ser su hogar matrimonial, hasta que sucedió lo que lo condenó a vivir en un hospital psiquiátrico durante un par de años.

Luego de algún tiempo de esta larga internación, y amparado en “mejoras notables en sus problemas de depresión”, según dictaban los informes médicos, habría logrado tener salidas autorizadas del hospital sin custodia o acompañante.

Los mismos vecinos también decían que lo habían visto pasar muchas horas de la tarde sentado en aquella vereda, apoyado contra la pared gris, a la sombra de un enorme ficus, y que cada tanto se paraba, daba vueltas a la manzana y volvía a sentarse allí.

Las casas, las calles, los árboles, la ciudad entera seguía con su monotonía habitual. El, quizás ahora, era feliz.

LA GUARDIANA

Crepúsculo

Por Mónica Guillermina Rey Gómez

Teníamos apenas seis años cuando mamá cayó de la terraza de "La Blanquita". Siempre tuvo miedo de treparse a limpiar esas columnas, pero tu madre insistía en que no era peligroso, que no fuera boba, que era parte del trabajo y que, después de todo, alguien tenía que hacerlo.

Esa mañana se sentía mal. Le pedí que se quedara jugando conmigo, pero la patrona era implacable, esa tarde tenían visitas y la casa debía quedar brillante. Mamá me acarició la cabeza y me prometió que luego de organizar la comida, nos quedaríamos en nuestro cuarto leyendo cuentos y jugando hasta la noche. La vi subir y tuve miedo.

Tuviste que entrar justo en ese momento, gritando desaforadamente porque te perseguía el caniche. Mamá se asustó, trastabilló y cayó de espaldas al vacío, gritando mi nombre.

Quedé petrificada y vos, aterrada, saliste corriendo a refugiarte en brazos de tu mamá. Yo no pude volver a hacerlo jamás.

La culpa los hizo incorporarme a la familia, como una primita lejana, una "adoptada", sin más trámite que mover influencias. Al fin y al cabo no tenía a nadie en el mundo, podía estar agradecida de por vida.

Con una esmerada educación en el mejor colegio bilingüe y varios profesores privados de idiomas, danzas y modales, en pocos años nadie recordaría que Lili era hija de una mucama de los Pinedo.

Cada vez que te encaprichabas con algo que yo tenía o quería, te daban invariablemente la razón. Yo tenía que callar, bajar la cabeza, terminar pidiendo perdón y darte un beso.

Vos seguías creciendo hermosa, rubiecita, delicada y perfecta. Tu carita de ángel, el pelo lacio, espeso y brillante, la naricita respingona e inquieta, los ojos pícaros y con vida propia y esa luminosa sonrisa a la que ningún ser viviente podía resistirse. Hasta tus pecas parecían diseñadas por un artista. Tu voz, siempre dulce y suplicante, como una caricia.

La adolescencia fue mi peor tortura.

- Blanquita, sabés que no te vamos a dejar salir sola. Si Lili te acompaña, van. Si no, no insistas.

Y allá iba yo, la custodia. Vos feliz porque una vez más los íbamos a engañar y yo, odiándote y odiándome por no poder negarme. Seguía siendo la criadita. Teníamos la misma edad y yo parecía tu tía, seria, anticuada, y fea. Al menos eso decían tus amigos. ¿Te acordás? -¿iTrajiste otra vez a la tía!?

Vos te hacías la enojada pero te ibas con ellos, divertida y haciendo mohines, no sin antes hacerme jurar que tus viejos no se enterarían de que te dejaba sola.

Cuando tus padres salían, era lo más humillante para mí. - Lili, menos mal que estás siempre con la nena. Si no, no podríamos salir nunca de noche. Blanquita, no se muevan de casa, preciosa, pórtense bien.

Y Blanquita no se movía de casa, pero sí dentro de ella y de la cama de sus padres, con los chicos más lindos del pueblo, mientras yo hacía de vigía, camarera, payaso, discjockey, o lo que exigieran el visitante de turno o la patroncita Blanca.

A veces, cuando estábamos fuera de casa, mientras vos enamorabas a diestra y siniestra, yo me iba a caminar, leer, pescar, soñar o andar en bici, mi mayor pasión.

Seguía planeando y saboreando la ocasión de vengarme, como algo lejano y utópico.

Y justo ese año, en que tus padres planeaban un viaje al exterior para los cuatro, tuvo que llegar Víctor al pueblo, ese viejo inmundito y perverso. Con su escandaloso auto, su increíble facha, su voz envolvente y toda su seducción al rojo vivo.

Cuando me atropelló en la ruta por mirar su agenda, sufrí dos pequeñas fracturas de muñeca, una herida considerable en la rodilla derecha y unos cuantos magullones, pero la bici quedó como un juego de ingenio de esos con alambre, no se sabía cuál era el principio o el final, y sigue colgada en el galpón como un trofeo. Nunca me compraron otra. - No sea cosa que le pase algo así a Blanquita, no se anda más en bicicleta. Y no se hable más del asunto.



Víctor se asustó mucho. Me cargó en el auto y le pedí que me llevara donde estaban vos, con tu grupo de adoradores. También te asustaste y entre los dos lograron asustarme a mí. Llorando me pediste que mintiera una vez más ante tus padres. Inventaste que estábamos caminando al lado de la bici y que repentinamente salí montada en ella, ingresando de golpe en la ruta, sin mirar atrás, -distraída y torpe como siempre- dirían tus padres.

El plan fue ensayado en el camino de vuelta. El bueno de Víctor, que venía despacio, no pudo evitar el accidente, ya que prácticamente me tiré sobre el auto. Gracias a Dios fue un caballero, se preocupó por mí y nos trajo a casa, se ocupó de la atención médica y cubrió todos los gastos, ofreciéndose para lo que fuera necesario, comprando inmediatamente la voluntad y el agradecimiento de los Pinedo.

Todos consolaban a la pobre Blanquita, por el susto que se había dado. Yo fui la culpable que hizo abortar los planes del viaje. Víctor, con tal de salvar su auto, su patrimonio y su legajo, nos ofreció lo que quisiéramos. Teníamos a nuestra disposición sus direcciones en Buenos Aires, sus contactos laborales, sus teléfonos a cualquier hora, lo que se nos ocurriera.

A partir de entonces nuestros viajes a la gran ciudad se hicieron frecuentes. Te encandilaste con su Estudio de Fotografía, con sus books de modelos y aspirantes a estrellitas de TV, con sus desfiles a los que te llevaba como una invitada especial.

Blanquita y tía Lili, ambas de 19 años, para los Pinedo siempre juntas. Para nosotras, cada vez más lejos.

No fue difícil convencerte del gran favor que le teníamos que pedir a Víctor, así ambas podríamos cumplir nuestro sueño profesional.

La naturaleza te había dotado de una belleza exquisita. ¿Para qué necesitabas además una gran inteligencia? ya tenías medio allanado el camino al éxito. Yo, en cambio, contaba sólo con mi tenacidad, mis recuerdos, mi sed de venganza y mi astucia.

Sabías que mi pasión era llegar a ser guionista y yo que la tuya era llegar a ser una top model. Víctor nos era sumamente útil a las dos.

Decidimos radicarnos en Buenos Aires, al menos por un año, para probar suerte. Los argumentos de los Pinedo para impedirlo eran cada vez más

débiles, hasta extinguirse, a medida que los nuestros avanzaban en sentido contrario.

Finalmente, en medio de consejos, temores, imprecaciones y advertencias de no despegarme de la nena, conseguimos su permiso. Víctor era un señor responsable y solvente, nada malo podría pasarle a su bebé. Lo básico ya lo teníamos. Vos, tu ambición y tu necesidad de ser reconocida y admirada. Yo, mi perfil bajo y mi aguda imaginación.

El dinero de papá Pinedo hizo maravillas. Nos consiguió el hotel caro y confortable en pleno centro, cerca de los Estudios de Víctor, nuestro nuevo protector.

Lo visitabas cada vez con más frecuencia y yo nunca sabía dónde ubicarte, no me participabas nada.

Presentí que lo de ustedes era algo más que un mutuo interés laboral. Desde la primera vez que viajamos a Buenos Aires, los vi mirarse de una manera especial. Él se derretía con tu encanto. Vos te divertías seduciendo al señor mayor, pero últimamente no te mostrabas tan divertida, parecías haber crecido y ya no hablabas de él, sólo lo veías casi a diario.

Yo permanecía en el hotel, inventando la excusa o la mentira del día para los papas Pinedo: -Blanquita se está bañando, le digo que los llame- o: -Acaba de bajar, no sé si llevó el teléfono, le aviso cuando vuelva-. Luego me comentabas que cuando hablabas con ellos, casi nunca preguntaban por mí, así que no tenías necesidad de mentir diciendo que estábamos juntas.

De tanto ir a buscarte a las oficinas de Víctor, para que la nena no volviera sola mientras el señor continuaba trabajando, me hice amiga de Iván, el secretario, que decía odiarlo pero creo que lo amaba secretamente. Me hablaba de las infidelidades de Víctor a Ema, su esposa, durante treinta años. Lo detestaba por ser promiscuo, mentiroso, estafador, y porque siempre tenía que salvarlo de alguna amante despechada o demasiado celosa. Iván era el filtro imprescindible de un tipo como él, era su fiel secretaria.

Por Iván me enteré que una de las aspirantes a modelo estaba embarazada de Víctor. Y que a Ema, su esposa, nunca la dejó ser madre porque no quería que perdiera su silueta y además no la quería ver dedicada a los chicos y perder su atención exclusiva. Me contó de los llantos, reproches, amenazas y golpes que tuvo que escuchar en la oficina cuando descartaba a sus amantes como a pañuelos de papel. Aproveché sus confesiones y desplegué mi imagi-

nación. Le dije que desde hacía un tiempo te notaba rara, que pensaba que me ocultabas algo que te tenía muy mal y que te escuché decir muchas veces "lo voy a matar" y "no sabe con quién se metió". Inventé enojos de tu parte, repentinos accesos de furia, promesas de venganza.

Sin proponérmelo, las piezas iban cayendo como en un tetrís.

A Víctor lo odiaba mucha gente y había varios que se alegrarían con su muerte o que hasta le habían jurado matarlo en momentos de ira.

Por lo que sabía hasta ahora, sólo dos personas lo amaban, Iván, sin esperanzas y vos, con enormes posibilidades de éxito.

Esa mañana quedamos en que te acompañaría a sus oficinas a las 19 horas, yo volvería al hotel y vos te quedarías con él.

Nos despedimos temprano. Te dije que haría compras y luego iría a un multicine, hasta la hora de acompañarte al Estudio. Vos irías a un spa, para estar fresca y rutilante, como si para ello te hiciera falta ayuda externa. Me encargué de preparar todo, hice las compras, conseguí los tickets de entradas del multicine, fui a un locutorio, memoricé los libretos, actores y horarios de cada película con sus respectivas salas, compré palomitas de maíz y dejé restos dentro de mi cartera y en la campera, tiré los cupones de los tickets, creo no haber olvidado ningún detalle grosero. A las 15:00 fui a ver a Víctor, con la excusa de haber-te acompañado hasta la puerta del spa y, como tenía un buen rato libre, me encantaba la idea de conversar un rato con él.

Me habló de vos todo el tiempo, de tu delicadeza, de tu juventud, tu ternura, tu inocencia. Dijo que sin darse cuenta, se fue enamorando como un adolescente. Que hablaría con tus padres, ya lo tenían conversado entre ustedes. Se amaban realmente. Los Pinedo entenderían. Además, lo apreciaban mucho y le debían el favor de haber protegido a la nena. Con su esposa Ema estaban separados de hecho, dispuestos a concederse el divorcio cuando alguno de los dos lo necesitara. Sí, era el momento, le pediría a Ema el divorcio y se casaría con vos. Era un sueño loco pero emocionante. Caminaban los dos en una nube.

El whisky transitaba repetidamente el trayecto de la botella a su vaso. Estaba disfrutando su sueño de amor.

Yo no entraba en sus planes, su novia ya no necesitaría una guardiana. Y la promesa de contactarme con gente de cine, pasó al olvido tan pronto como fue formulada. Podría volver a Pueblo Chico a servir a los Pinedo o buscarme un chico de pueblo y arreglarme sola en Buenos Aires. Que ironía.

Las largas noches de odio e insomnio en "La Blanquita" me ayudaron a incorporar algunas nociones de medicina de los libros de tu padre. Supe encontrar fácilmente la carótida. Fui decidida, rápida y potente. Él se había entregado a las confesiones y estaba desprevenido y confiado. Fue fácil. Me ensañé, lo admito, hubiera querido degollarlo, pero ya estaba muerto, era suficiente.

Me apuré a preparar el escenario, estaba en mi salsa. De mí no quedó rastro evidente alguno. Sí me encargué de echar un poco de whisky en otro vaso y dejarlo sobre la mesita.

A las 19:00 te fui a buscar al spa y saliste radiante, más hermosa que nunca. Verbalizabas las expresiones de Víctor cuando te viera.

Nunca olvidaré tu gesto de horror cuando lo viste en el piso, sobre su propia sangre. Te acercaste, gritaste, te pedí que lo tocaras para ver si aún respiraba, encontraste el filoso cortapapeles debajo de su cuerpo, lo tomaste, continuaste gritando. Te dije que llamaras a la policía desde su teléfono de línea, que era más seguro que el celular. Te pedí que revisaras su agenda para buscar el número de Ema o el de Iván.

Tocaste todo, diste vuelta todo, dejaste pisadas y huellas por doquier. Hasta obedeciste mi consejo de tocar el vaso limpio -para oler su contenido, te dije-. Pobre idiota.

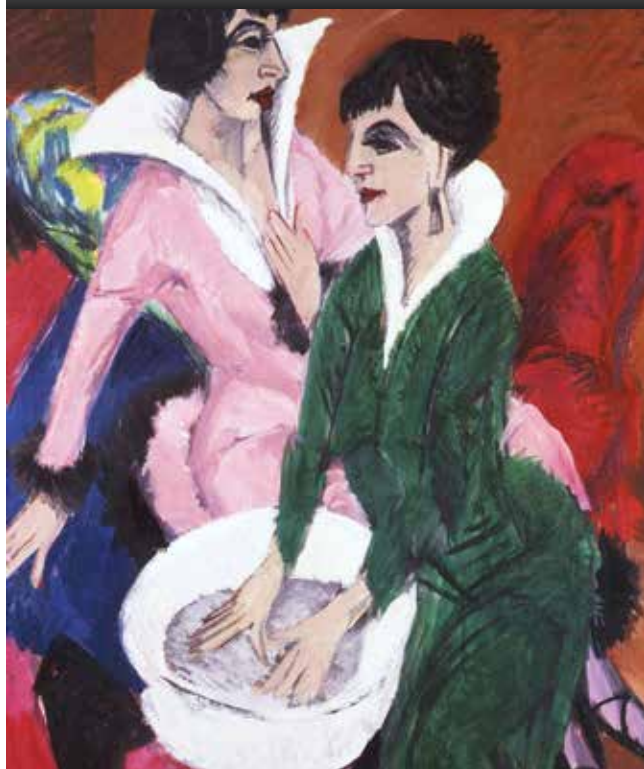
Yo te gritaba desde la puerta, que no tocaras más nada, que ya vendría la policía.

Salimos casi corriendo. No había forma de calmarte. Al llegar al hotel te desplomaste. Llamé a tus padres, te acompañé a tomar el remis a Pueblo Chico y me quedé en el hotel, haciéndome cargo de todo.

Por supuesto, mientras te duchabas, revisé tu cartera y eliminé la tarjeta del spa y todo rastro del mismo en tu teléfono celular. Y "por descuido" dejé prendas tuyas manchadas de sangre.

Ahora estoy ensayando, esperando la llamada de la policía. Tengo todas las coartadas. Para cada pregunta, una respuesta "espontánea y sincera", estaré jugando una partida con Karpov.

Dos mujeres con aguamanil | Ernst Ludwig Kirchner



Sabía que Iván estaba en Cariló con dos amigos desde hacía dos días y Ema en casa de sus padres en Punta del Este, con el resto de su familia. Diría a la policía que no te veía desde la mañana y nunca me dijiste dónde ibas, que era una conducta habitual en vos desde que llegamos a la Capital y que yo tenía que cubrirte ante tus padres para que no te molestaran, que estabas extraña y no habías dormido en toda la noche, revolviéndote y jurando venganza.

Cuando éramos pequeñas, no tenía conciencia de lo duro que sería jugar este rol de guardiana, mejor amiga, cómplice, niñera y dama de compañía de Blanquita Pinedo. Esperé interminables años este momento, que parecía un punto inalcanzable en el infinito.

Me deleita imaginar la cara de los Pinedo cuando la policía vaya a buscar a su preciosa bebé. Ahora tengo que planear mis próximos pasos. Ganarme la confianza de Ema y acompañar a Iván en su dolor, estar más cerca de ellos que nunca. Seré la guardiana de ambos, su amiga de confianza, su mejor amiga.

LLUVIA OSCURA

Crepúsculo

Por Eduardo Sosa

Eduardo cerró la puerta de su consultorio y salió al pasillo, eran las seis de la mañana. Había terminado su guardia, bastante tranquila, por cierto, en el Hospital de Enfermos Mentales de Clarence, en Connecticut.

Recorrió los cincuenta metros que lo separaban de la puerta principal, donde, a través del amplio cristal, se percibía la tibieza del sol que asomaba afuera, cuando escuchó una risa algo apagada, tímida. En el silencio casi sepulcral del sector y a esa hora, la risa... lo sorprendió. Giró la cabeza y miró hacia la puerta de la guardia, entreabierta. Alguien, de espaldas a él, miraba la televisión con el volumen bajo. Se acercó y constató que la persona en cuestión, se volvía hacia él con una sonrisa. Y lo que era más extraño aún... saludándole. La televisión emitía una serie de dibujos animados, en estridentes colores y con diálogos alegres e infantiles. Aquello había causado la risa de Jennifer, una paciente del ala tres del Hospital, quién, durante siete años estuvo confinada allí...en estado catatónico.

Primero fue sorpresa, mezclada con temor, pero los años de experiencia ayudaron a Eduardo a recomponerse rápido, frente al raro suceso. Suavemente le pidió a la joven que se sentara en uno de los sillones de la pequeña sala de recepción y reverenciosamente, comenzó a preguntar, cosas, tratando de que la paciente, sin alterarse demasiado, hablara y contara algo, sobre esta...milagrosa...recuperación. Claro, el nervioso y alterado e impaciente...era él.

Ella, con suma tranquilidad y educadamente, lo fue calmando con su relato y su voz, que sonaba pausada, cristalina. Tenía hoy, veintiocho años y cuando su pareja se suicidó, perdió la razón. Eso, él ya lo sabía. Había leído innumerables veces el triste expediente. Lo que necesitaba ahora, imperiosamente, era descubrir cómo se había recuperado de repente, que hacía en esa sala y porqué nadie le había comunicado a él, de dicho cambio de estado. La joven, sonriente, divertida y con aires hasta...maternales, le explicó que un par de horas antes se despertó con irresistibles deseos de llorar y reír al mismo tiempo y cuando asomó a la ventana de su habitación y vio salir el sol,

pronunció, sin darse cuenta, el nombre de su amado muerto. Después de siete largos y silenciosos años... No podía entender el cómo ni el porqué. Sabía, sí, que quería volver a ver a sus padres, a sus amigos y retomar sus estudios.

Lo que siguió a esto, fueron otros interrogatorios con un equipo médico interdisciplinario. Análisis físicos, etc. Buscar la manera de entender la recuperación insólita de este caso. Pero nada, ni nadie...pudo justificar este despertar. Siquiera aclararlo. De ese Hospital, hubo varios casos similares resonantes, emocionantes, felices.

El de la abuela Amalia, quién a los setenta años reconoció a sus nietos, llamándolos por sus nombres incluso, mientras se levantaba, como si nada, de la silla de ruedas adonde la parálisis y el Alzheimer la mantuvieron postrada por casi...treinta años. El de Raúl, un adolescente que padecía ataques de epilepsia, cada vez más progresivos en su duración y que lloraba desconsoladamente si alguien intentaba tocarlo.

El joven, al salir al patio una tarde, abrazó imprevistamente a su enfermera y murmurando su nombre, le pidió disculpas por las molestias causadas durante el tratamiento...acto seguido, la enfermera se desmayó del susto...y la alegría. Comenzó así el revuelo en otros Hospitales Psiquiátricos y todo hubiese sido hermoso y hasta...bíblico, si no hubiesen empezado a caer...pacientes nuevos. Gente considerada normal, sin antecedentes psiquiátricos. Incluso muchos de los mismos médicos o familiares de ellos.

Compañeros de Eduardo, con años de ejercer la medicina, igual que él, en su mismo campo, de pronto, sentían repentinos dolores de cabeza o mareos e ingresaban como pacientes. Perdían el habla, se dormían en cualquier lado y al día siguiente no recordaban que estaban haciendo allí, en sus propias casas... ni quienes eran.

No reconocían a nadie, les atacaban temblores, transpiraban y reían por nada.

Locos, locos de toda locura...

El fenómeno comenzó a ganar espacios de tvé y radio, se hicieron entonces, comentarios, análisis y desarrollos profundos del tema.

Abordándolo desde todos los ángulos, pero claro, algunos empezaron a darse cuenta, que hasta los mismos periodistas y panelistas caían, incluso en cámara, presos del extraño síndrome de locura repentina. Entonces no hubo quién completara las investigaciones. Porque también se internaban, abogados, sacerdotes, licenciados en diferentes temas de salud, psicólogos. Un verdadero pandemónium. Todo se tornaba extraño, patético, terrorífico...

Los Hospitales e Institutos, "soltaban" locos completamente curados e "ingresaban" cuerdos extrañamente...locos. Y esto, que en definitiva suena hasta lógico, no lo era.

En este contexto, muchos comenzaron a desesperarse, dado que a la velocidad que ocurría, no podían ayudar demasiado. Sólo atinaban a contenerlos en esos lugares cerrados y tratar, de que los pocos profesionales que aún no habían enloquecido, como Eduardo, les dieran una mano. Aquella mañana amaneció nublada, se avecinaba una fuerte tormenta. Típica lluvia de verano. El amplio parque que rodeaba al Edificio del Hospital, rebalsaba de hojas y ramas azotadas por el viento. Dos ex-directores de los más antiguos del Nosocomio, que habían ingresado recientemente, afectados por el síndrome que azotaba la ciudad y asolaba el país, salieron a caminar, se juntaron con otros ex- profesionales, (...ahora pacientes) y se sentaron en el césped. Comenzó a llover. Primero despacio. Las gotas eran frías. Heladas. Luego, copiosamente... Ellos, casi una veintena de personas, se tomaron de las manos, formando una ronda de círculos...concéntricos. Eduardo miraba atónito, desde el ventanal de su oficina, aquella escena irreal, ilógica. Temblaba y al mismo tiempo, transpiraba. Se arrodilló frente a la ventana y lo último que alcanzó a ver...y a entender, fue a los locos alzando sus ojos a la tormenta y cantando. Como en un ritual oscuro. Pasado un instante, entró al despacho Jennifer, quién lo visitaba asiduamente y con quién charlaban a veces, tratando de desentrañar lo que ocurría. Al verlo así, perdido y sin respuestas, lo levantó suavemente, hablándole al oído con la misma letanía del canto que entonaban afuera aquellos seres. Amorosamente lo llevó por el pasillo hasta el área de pacientes catatónicos, lo dejó al borde de una cama, en la habitación que otrora ella misma ocupara, apagó la luz y al salir, cerró con llave.

Mientras se alejaba por el ahora silencioso pasillo, dirigiéndose a la sala de recepción, creyó oír un desgargante alarido, seguido de un llanto callado y luego...silencio.



Una multitud de pequeñas almas en llamas. | Charles Henry Sims

Con un odio pequeño

Por Susana Valle

Protesta. Trata de ganar ascendencia, poder. Un poder gelatinoso, deteriorado. Protesta (incoherencia), la carcasa de los dientes (dice) le provocan incomodidad. Sólo habla con los perros. Responde con preguntas, y de cuando en cuando da una voz de mando mientras alimenta a los orejanos del lugar. No sé si los humores del cuerpo transmiten los comportamientos de los viejos antepasados o el aire se infesta de miasmas que anidan en las fibras oscuras de la mente para desovar los fluidos del desorden; y tampoco sé si esos embriones corrosivos irán apiñándose hasta devorar la memoria, la lengua y la mollera.

-¿Tomó la medicina?

Se le muda la vista. Me mira con otros ojos, como los de sus otros rostros. Me observa con un odio pequeño. Me quedo pensando en esa mirada de camaleón que pulveriza hasta el aire.

- ¿Tomó la medicina?

Y contesta lo que le viene a la boca. Inverosímil. Le respondo alguna cosa buscando que me escuche. Le pido que me ayude en una situación, pero vuelve a contestarme con preguntas. Le preocupa el agua de la lluvia y me cuenta las mismas tonteras de su perro. A veces me abraza queriendo protegerme. Me dice que todos gritan y que tienen problemas. Me doy cuenta de que no tengo alternativas.

Vuelve a sus rezos y me habla de las bondades de la piedra. Y, aunque sus estornudos la enojen en forma pasajera, decidida toma la piedra y con vigor me la frota por el cuerpo. Y siento que me alivio de tanta angustia.

El Expediente 526

Por Laura Verdille

El expediente N° 526 no fue siempre un expediente. Caminaba por las calles bajo el sol de mayo a las 7:16 de la mañana cuando unos señores uniformados se lo llevaron al instituto. Antes de eso, se vestía con medias de colores, zapatos de cordones violetas y camisas de lunares que desentonaban con la masa gris de la ciudad. Los vecinos comentaban por lo bajo que al pobre le gustaba andar en bicicleta hasta la madrugada, sólo para buscar la luna detrás de los edificios y los postes de luz. Las cámaras de seguridad registran que una vez por semana, se sentaba en los bancos de las plazas para armar constelaciones y dibujar en la tierra cuando ya no había chicos en las hamacas. También hubo quienes, por las tardes, lo vieron viajar, un poco con la mirada y otro poco con las páginas de los libros que apilaba en su mochila.

El chofer de la línea 124 declaró que de vez en cuando, el chiflado dejaba pasar uno o dos colectivos para armar alguna que otra historia con sus sueños de la noche anterior, que escribía en el margen de un cuaderno de tapas verdes. Sus compañeros de oficina decían que silbaba melodías raras que no estaban en la radio. Pero quizás la gota que rebalsó el vaso fue cuando el jefe de seguridad de su edificio afirmó que su pasatiempo era confundir a los celulares. Sin remordimiento alguno, el demente tocaba las pantallas y botones hasta provocar una combinación de procesos que causaban cortocircuitos hasta en los dispositivos más avanzados.

Después de un tiempo, el expediente N° 526 estaba listo para salir al mundo otra vez. Con trajes grises nuevos, auto 0 km, celular y una caja verde llena de las cenizas de sus libros y sus mil y una historias de colectivo. Su legajo terminó en el escritorio de algún burócrata que archivó el caso y apagó la computadora hasta tanto apareciera, como pasaba ocasionalmente, otro delirante.

LOCURA

Crepúsculo

Por Gabriel Rodríguez Molina



Bestia Humo | H.R. Giger

Su mano se acalabraba, miles de serpientes se apoderaban de sus músculos, de su sangre, el cigarrillo no podía ser llevado a la boca, el humo nacía y las cenizas caían en el cenicero mientras el tabaco lo miraba, los pensamientos blandos y la inmovilidad de la carne, el cigarrillo solitario que moría ahorcado en el cenicero y el cerebro adicto que sólo quería adquirir la nicotina, inhalar el humo, que penetre los pulmones y que salga por la nariz y luego que flote un rato, pero la inacción de su brazo le trastornaba los sentidos y las percepciones, poco a poco todo su cuerpo se endurecía ahorcado por esas serpientes internas que recorrían el cuerpo como la sangre, como el aire, esos animales que se arrastraban por dentro, por los tejidos tan poco movedizos para consumir un poco de vida, para eliminar la movilidad y los cigarros, para asesinar las cuerdas vocales y los labios, para asesinar las miradas y la retina, para asesinarlo muy lentamente mientras él creía que observaba algo, cuando en realidad se observaba a el mismo, esa nada, esa pared blanca, ese adorno antiguo, ese florero, esa foto vieja, la radio prendida y la biblioteca, que morían lentamente como él. Ya las serpientes suicidas se derramaban a través de la sangre poética para habitar otros cuerpos, ya la estatua poco a poco recuperaba los movimientos, ya el miedo habitaba su cabeza, la experiencia de la muerte, la inmovilidad absoluta de los tejidos y los nervios, el suicidio planificado por alguien. Los dedos temblorosos y pálidos tomaban ese cigarrillo llevándolo a la boca, el humo soluble penetraba en la boca y en los pulmones, penetraba en la mirada y salía por las fosas nasales y por el cerebro, salía por los movimientos, volaba por todos lados dibujando serpientes ahora etéreas, ahora invisibles, naciendo y muriendo en el aire espeso tan contaminado y tan elegante, las cenizas y los ceniceros morían como él mismo en esa habitación serpenteante y olvidada, los pensamientos que se embriagaban con el propio humo exhalado, los calambres que eran los engranajes tan agobiantes y pesados, tan mortíferos, como el disparo en la sien o la simple soga atada al cuello, como esa corbata ajustada tan cotidiana y tan oficina.

Ya la locura, tan escalofriantemente vertiginosa, levitaba entre las manchas de humedad de ese recinto sencillamente mortuario.

Los dedos temblorosos y pálidos toman ese cigarrillo llevándolo a la boca, el humo soluble penetra en la boca y en los pulmones, penetra en la mirada y sale por las fosas nasales y por el cerebro, sale por los movimientos, vuela por todos lados dibujando serpientes ahora etéreas, ahora invisibles, naciendo y muriendo en el aire espeso tan contaminado y tan elegante, las cenizas y los ceniceros morían como él mismo en esa habitación serpenteante y olvidada, los pensamientos que se embriagaban con el propio humo exhalado, los calambres que eran los engranajes tan agobiantes y pesados, tan mortíferos, como el disparo en la sien o la simple soga atada al cuello, como esa corbata ajustada tan cotidiana y tan oficina. Ya la locura, tan escalofriantemente vertiginosa, levitaba entre las manchas de humedad de ese recinto sencillamente mortuario.

CUENTOS DESDE EL HOSPICIO

Crepúsculo

Por Analía Roa

"Un Alá físico, un remembranza futura, una esencia de voluntad, una palabra parecida a espíritu, todas las alegorías de la historia para centrar al hombre en un vaho, en trueno de miedo, en una mentira que alimenta... a quién le importa? Lámparas que no entibian una minúscula gota de agua -o de amnesia-. Algo sucede cuando todo refluye... cantan los códigos de barras incrustados en las sienas de los silenciados como peces sin escamas para escapar del látigo: un pez ocre rojizo, y un aire seco que se coagula dentro de la sangre que refluye ahí -La mente juega a pensar y siempre pierde-.

Sucede. Golpes o prismas que muestran sonidos rasposos de bruma.

Nació una arbórea esencia, una quebradiza con reflejadas adocenadas, una afrenta de gritos caucásicos, frentes de perlas, gastadas, y algo como un embudo callejón que termina en un ombligo perfecto... eterno...

-Hay un perro que vaga, tenía el color de la sangre aguada.

Una puerta delante de una granada es una salida a la explosión. Una puerta es un abismo -palabra cansina que remite a la nada...

-Cómo se derrama el pensamiento?

También es sangre mezclada con líneas colgantes senos de círculos en la piel del cerebro?

Cuando abrimos el vacío hay un signo que espera al final del camino. Cuando la percepción devora al tiempo, cambia el color de los huesos y ...

-es ahí donde sabemos nuestros nombres?"

Cuaderno de Luca, 5 de enero de 1995.

Luca fue a parar al Borda

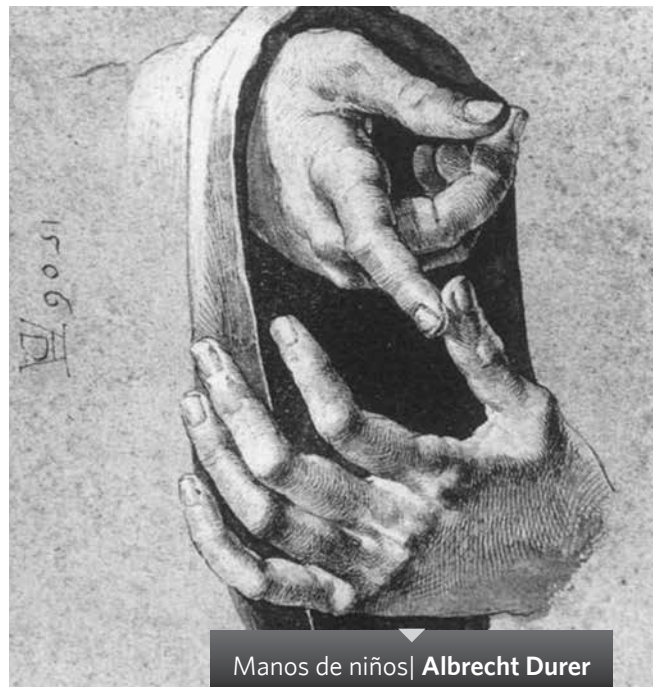
Para llegar ahí tuvo que sortear varios momentos cumbres: la muerte de su padre borracho, las violaciones a las que fue sometido él y sus hermanos por otros borrachos, amigos... la locura de su mamá, y que ésta llenara de basura la casa, quedarse en la calle porque su hermana vendió el único lugar que conoció para vivir, la persecución de su hermano quien quería matarlo cada vez que lo cruzaba -aunque terminó hablando con ratas en una esquina y después se perdió y dicen que murió en Brasil-. Luca tenía 16 años cuando le diagnosticaron HIV.

Se contagió en un hogar católico para huérfanos. Llegó limpio y se la llevó en la sangre. Vaya a saber cuántos años tardaron en darse cuenta -los cuerdos, los sanos- que existía o molestaba: y lo llevaron a donde van las personas que no sirven. A rehabilitarse: volver a habilitar a una persona?, volver a hacerla hábil? el tema es que nunca se sabe, nunca se sabe nada, pero se encierra.

Luca se tatuó la inicial de mi nombre como a los catorce años, yo era una de las pocas personas que lo escuchaba. Y tenía doce yo. Lo visité durante un tiem-

po... siempre llevaba un cuaderno y anotaba cosas... la última vez que lo ví tenía veintitrés años. Después desapareció. No se llamaba Lucha, su nombre era Fabián Alejandro Gómez Mesa.

Él escribía esto:



Manos de niños | Albrecht Durer

Cópula y espejo

Conocí a Mandrágora una noche de lechuzas caídas. Estaba sentado en un rincón violeta en el bar El Tulipán. El majestuoso barsucho conocido, escondido del mundo de las hojas que vuelan. Entré como siempre a través del espejo del fondo, por la grieta.

Me dirigí como todas las noches a robar el hermoso Blossom que me esperaba en esa botella flaca y ardiente.

Mandrágora estaba absorto en la contemplación de su pie izquierdo y barbotaba inteligibles burbujas.

Habiendo tomado el té de lechuga diario, pude percibir sus palabras claramente, le hablaba a su pie: -Lector, compañero de viaje ¿Hasta dónde me acompañarás? cuanto más te esfuerces por leerme más comprenderás la historia, la mía y también la tuya.

Pero no llegarás muy lejos. Aunque leyeras y leyeras, te morirás antes de terminar este libro. Es bueno que lo sepas: aquí tienes el cuento de nunca acabar. Es mi vida. Soy Joseph Cartaphilus, Battudeus, Juan d' Espera en Dios, Ahasuerus, Sir de Montague, Israel Jobson, Harech... No te dicen nada esos nombres? Muchos otros me han dado. Acaso te diga más: Soy el Judío Errante, soy El Judío Errante, Soy...

Y repetía entre hipos, eructos y sollozos...y se quedaba en silencio ante la respuesta del zapato amigo. Y luego en un lastimoso orgasmo doloroso gemía... Era...Era...el nombre caía de su boca seca como sangre sin cuajar...Era...

Resonaba vacío chocando contra las paredes húmedas y volvía a su boca como un pájaro quieto en su mano...Era...Era...

Cuando ya en mi mano bailaba la flaca preparada para meterse dentro mío pasé frente a él. Y como tocado por un rayo o un puño levantó los ojos.

-Eh, Aguilucho!- en un gruñido pestilente, dijo, y se corrió el largo pelo blanco que caía sobre uno de sus rojos párpados.

-Eh, Mandrágora-dije.

-¿Conocés mi nombre?

-Te conozco. Desde ahí te miro. Y con la mano sin la Blossom indiqué el espejo. Él miró la grieta y entendió...como aquellos que tienen todo el tiempo junto metido en los ojos.

Sacó la flaca de mi mano como si ésta le perteneciera. Calixta nos miraba temblorosa desde la luz oblicua, desde el mostrador, desde las botellas y vasos, desde detrás de su cara...había un breve odio animal en su mirada...

Mandrágora tomó un largo y ruidoso trago.

-Arde, amigo-dijo en un rasposo grito. La flaca volvió a mi mano y desaparecí para este hombre.

El volvió a su mugroso zapato. Y siguió repitiendo espasmódico, doliente...Era...Era...

Lentamente regresé al espejo, por la grieta ...Ya en mi rincón me metía en cada trago los ojos asesinos de aquel hombre.

Y escupía con lágrimas, saliva y la flaca chorreando desde mi boca seca su nombre...Era...Era...

Mientras miraba mi zapato y corría el largo pelo blanco que caía sobre uno de mis rojos párpados en aquél rincón violáceo.

Revolución

Es domingo o martes. Es de madrugada. Todo tiene un color gris rojizo. Todo.

No hay nadie en la calle.

XXXX llega a su casa luego de cinco días de ausencia.

Cuando abre la puerta metálica de calle siente un hedor fétido, suave como una ráfaga de perfume podrido venida de los árboles. Se tapa la nariz con la mano izquierda, camina los tres metros del angosto pasillo que separan la entrada de, por fin, la casa. Quiere entrar, siente que ese olor es un anuncio. Algo amorfo que va a atraparlo si no se apura a entrar a resguardo. Ya metiendo la llave en la cerradura, su nariz no soporta la masa putrefacta que la envuelve, que envuelve todo su cuerpo, que lo trastorna.

Abre la puerta.

Todo comienza a tener un sonido de relojes palpitantes. Todo.

XXX no puede hacer más que caer de rodillas y llorar. Cuando sus ojos...

Paralizado, grita desde el fondo, desde allá, donde no se grita, se arranca la piel en su memoria, sólo gime (y su voz es otra):

-iNooooo!!! iEl pasillo! iEl pasillo tiene ochenta centímetros de ancho!!!!!!!iNo más! iNo más! iEl pas...! (y gorgotea como un pájaro) iEl pasillo...! !No...!!No...!

Se toca suavemente los ojos iNo! se los hunde con la yema de los dedos iNo! Como si fueran cristales que deben acomodarse iNo! para cambiar lo que se ve y modificarlo. iNo! Pero el olor iNo! desmiente cualquier falsa visión. iNo! Y el conjunto es implacable.iNoooooooooo!!!

Un caballo de proporciones descomunales yace en el breve espacio, entre libros, lámparas, papeles, el cansino cuarto del aprendiz de escritor. iNo!!!!!!

Tres famélicos perros blancos devoran sus entrañas. Sólo uno gira su cabeza hacia L. y le muestra los dientes rojos de sangre y tripas. ¡No!!!!!!

La cabeza de la bestia está intacta. Uno de sus ojos quedó clavado, definitivo, mirando hacia el techo. Gusanos blancos, lustrosos, recorren el iris y se pierden amontonados en la carne oscura. ¡No!!!!!!

La masa se sacude en violentas convulsiones provocada por los perros ¡No!!!!

XX se pone de pie. Cierra la puerta con llave (siente una infinita calma, aspira el aire que le pertenece). ¡No!!!

En el gris rojizo, palpando letánicamente relojes en sus manos (¡Como laten! ¡Sus manos laten, siente adentro de la piel ranas que se mueven, saltan!), envuelto, perdido en la hermosura del único ojo blubestial, agusanado, perfecto. ¡No!!!!!!

Se acerca a los perros.

Y comienza a devorar las entrañas del inmenso caballo.

Cuadro I

Como un carnaval enigmático y burlesco, la muerte filosa y sola movía los hilos del hombre títere.

Él se movía sinuosamente formando culebrescos ochos por la calle mojada.

Detrás lo seguía ella arrastrando su cuerpo etílico y ensombrecido.

El hombre llegó a un árbol brasístico. Ella se cayó justo detrás de él.

Como un reloj vulcánico y pavoroso puntual y siniestramente asqueroso vomitaron, ambos, juntos a la vez. El despertar ofrece nuevo racimos siempre...

Mediando el día nuevo el hombre títere despertó en su cama. Le molestaba algo en el pecho: tenía un corpiño puesto; y un dolor abdominal, quemante hacía que todo alrededor sofoque y gire.

Ella despertó desnuda y esposada en una breve oficina amaderada y tecleante.

Apenas lucidó la vigilia con ojos vidriosos, idos, gritó: ¡Tu dignidad! ¡Tu dignidad! ¡Tu dignidad está acá, acá en mi mano! ¡Acá en mi mano! ¡En mi mano!!

Intentaron, claro que intentaron, más no pudieron abrir su puño que chorreaba sangre ajena... apretado hasta el paroxismo.

Speculum -II-

Bajando por un calleja desarticulada, abandonada en las horas orgiásticas del tiempo, los hilos seguían moviéndose.

Un viejo amputado de las horas de los hombres, recitaba a León Bloy como un hereje ciego desafiando al cielo... Per Speculum in Aenigmate...decía en un alarido venido de otro lado, de otra boca o de todas las bocas muertas de la historia. Perverso, marginal y sólo sus ojos reflejaron un instante de duda y dolor, más una eternidad siniestra y todo los abismos se evidenciaron en sus dientes desafilados que reían la risa del que todo lo sabe. Este disfraz lo vestía a gusto: se golpeaba contra las paredes oscuras, hasta sangrar, se ataba cintas en las piernas, tomaba y vomitaba el agua sucia de una botella de vino robada. Y gritaba...Per Speculum in Aenigmate,Per Speculum in Aenigmate... rasposo,asfixiado, ebrio,maligno, Diablo al fin.

El hombre títere sumergido en el recuerdo del dolor dulce, no percibió la penetración de la calle en él, el olor salino del agua de mar, el color tiempo en que todo a su alrededor se manchaba. Más un leve sabor a fruta podrida en la boca hizo que dejara de mirar sus pies torpes y caminantes. El viejo dejó de golpearse la cabeza por un momento y dirigió su mirada al hombre títere, se acercó con sigilo, caminó a su lado y con su voz rugidora de diablo, con el odio de miles de bocas rugidoras, con el deseo de matar a Dios en ese grito, escupió al oído del hombre: TODO ES UN ESPEJO! TODO ES UN ESPEJO! TODO ES UN ESPEJO! Lo repitió en su oído hasta quedar sin voz, hasta caer, hasta el vómito...

Un silencio compacto como si se hubiera cerrado para siempre la puerta del mundo, siguió al grito. Los vidrios de la calle estallaron y cayeron como lluvia sobre el hombre títere. Él no sintió nada, no oyó, no sintió el silencio, no sintió los vidrios caer sobre su cuerpo. Sintió fuerte el sabor podrido en su boca, escupió algo pequeño y viscoso. Se limpió la boca con la manga, volvió a mirar sus pies.

Y salió sin darse cuenta, como había entrado, de esa calleja desarticulada, perdida.

*** Como previendo su salida final me deja sus anotaciones, estos cuentos son parte de los Cuadernos de Luca que quedaron en mis manos.**



SUCEDIÓ UN JUEVES

Crepúsculo

Por Irma Verolín

La locura de mi abuela nos tenía a mal traer. Ya habíamos soportado de todo, sus gritos, sus escapadas en medio de la noche, sus relatos absurdos. Sin embargo nos faltaba vivir lo peor. Sucedió un jueves. Estábamos mirando una revista de modas en la que las mujeres se estiraban hacia el borde de la página y echaban la cabeza atrás, todas iguales, para dar a entender que el mundo o los márgenes de la hoja les quedaban chicos. Sobre las telas que les ceñían el cuerpo, brillaban lentejuelas y abalorios y rasos y pedrerías. Mi abuela preguntó:

-¿Qué día es hoy?

- Jueves - le contestamos.

Después vino el silencio con el chasquido delicado de las hojas de la revista que pasaban unas tras otras como volando por encima de nuestra imaginación. Enseguida la abuela volvió a preguntar:

-¿Qué día es hoy?

Creyendo que se refería al número, dijimos:

- Diecisiete, abuela.

Y otra vez la voz de la abuela se hizo oír en el patio.

-¿Qué día es hoy?

Todas levantamos los ojos con un toque despavorido en la mirada. Aquel fue el principio que amenazaba con no tener final. La abuela preguntó montones de veces el día en que vivíamos. Y fue una pregunta fatal. La fatalidad no se debía a que la pregunta nos repercutiera en la cabeza igual que un golpeteo de martillo sino el sentido de la pregunta misma. Tener presente a cada rato el día en que se vive, tiñó nuestra cotidianidad con un barniz filosófico. Yo personalmente sentí que desde algún lugar remoto en el tiempo y el espacio una fuerza machacaba para que yo tomara conciencia, me hiciera preguntas, pensara

en la muerte, escapara de lo burdo, de lo material y me adentrara en cuestiones menos superficiales. A tía Margarita la pregunta de mi abuela le deprimió el estado de ánimo. Sintió que la vejez galopante le quitaba las últimas esperanzas de conseguir un novio o cosa que se le pareciera. Cada vez que la abuela preguntaba, a tía se le antojaba que el tiempo se apresuraba en correr. A doña Pepa se le llenó el alma de preguntas inexplicables que quizá en el futuro ella misma se animara a responder.

No esperamos a que esta nueva obsesión se fuera por sí sola, buscamos amortiguar el peso que gravitaba sobre nuestra vida: Le conseguimos a mi abuela un almanaque. Yo misma fui a comprarlo. Cuando salí del negocio pasé mis dedos muy delicadamente por los números de una de las hojas del cuadernillo, blanca y cuadrículada, e imaginé que el color de los días empezaba a transformarse. El tiempo se detuvo y el mundo se paralizó. Entonces pude asomarme a una enorme ventana sin fronteras y allí, debajo de todo, encontré mi propia imagen, mirándome. Pero duró apenas un segundo la ilusión, recapacité inmediatamente, con solo reconocer que los números se nos habían metido en los relojes y los calendarios, bastaba y sobraba como prueba irrefutable de la derrota humana.

Agarramos con una chinche el almanaque a la puerta de la cocina y le enseñamos a mi abuela que, no bien se levantaba, tachara el día en curso para que cada vez que tuviera ganas de hacer la pregunta, en vez de preguntar, se fijara en los días tachados y supiera si pertenecían al pasado o si aún estaban por llegar. Mi abuela, muy obediente, con su lápiz negro en la mano, fue tachando uno a uno todos los días del al-



Almanaque blaue reiter| Kandinsky

manaque hasta el treinta y uno de diciembre. No bien terminó y el calendario quedó íntegramente tachado, empezó a preguntar nuevamente: ¿Qué día es hoy? Aquella mañana, tía Margarita había salido muy temprano, de modo que cuando volvió se encontró con un calendario desahuciado. Quiso desmayarse pero no pudo. Así, lentamente e inclinando su espalda, mi tía se fue arrodillando y empezó a llorar. Lloraba mientras miraba el calendario como si hubiese sido su partida de defunción.

Doña Pepa, empeñada en sacarle el jugo a esta maldición gitana, como insistió en llamar al percance de vivir con una loca en casa, quiso encontrarle alguna lógica a las tachaduras. Creyó que mi abuela había escogido secretamente un orden al tachar los números, así que puso a contraluz el almanaque e intentó determinar qué tachaduras se veían más intensas que otras para enseguida consultar un libro sobre el significado numerológico que las cifras encerraban. El número cero representaba el infinito, el uno el principio creador, el cuatro, la construcción. Como los números eran más perfectos que nuestra manera de mirar, doña Pepa quedó encarcelada en esa búsqueda de sentido y orden. Terminó extrayendo conclusiones sorprendentes y hasta, si se quiere, edificantes, pero que no tenían mucho en común con el mensaje cifrado al que la locura de mi abuela podía aludir.

La tía y yo nos mordimos para no criticarle a doña Pepa su audaz método interpretador de la desgracia que se nos había caído encima, aunque eso sí, como no le dijimos ni media palabra, lo cual ya resultaba altamente sugestivo, ella entendió que se había metido en un túnel sin salida. Y abandonó sus investigaciones. Al fin y al cabo el llamado método del almanaque no había servido más que para perder tiempo y gastar el lápiz.

Mi abuela, sin dejar de mirar el mes de diciembre tachado, siguió preguntando lo mismo a cada rato:

¿Qué día es hoy? Cansada como nosotras de oír la eterna pregunta, doña Pepa propuso el recurso del pizarrón. No fue una mala idea. El pizarrón, en el caso de no servir de mucho, despertaba la memoria emotiva, los primeros años, las emociones del comienzo. Por eso, sin pensarlo demasiado compramos un sencillo pizarrón de color negro absoluto que fue colgado en una de las paredes del patio, justamente al costado de la enredadera. Y allí escribimos el día completo: Jueves 17. La abuela lo miró. Nosotras miramos a la abuela, tranquilizadas al ver la palabra “Jueves” tan entera y tan poética. Era una inscripción gráfica y apaciguadora. La letra cursiva se dejaba llevar y ondulaba, iba hacia abajo o se columpiaba en medio de la negra inmensidad. Todo estuvo bien, los planetas giraron en sus órbitas y los músculos del cuerpo pudieron descansar. El mundo con sus tiempos se había vuelto a poner en orden. El blanco de la tiza resaltaba sobre el negro negrísimo del pizarrón recién comprado. Aquel momento fue el Paraíso para nosotras. La luz del sol cubrió el patio y contorneó aún más nítidamente los perfiles del día y la fecha presentes. La abuela, parada frente al pizarrón, parecía sonreír. Tenía en los ojos una tersura rara que hasta pudo hacernos ilusionar con una mejoría, con un amenguamiento de su locura. Luego el día o el tiempo, siguió pasando mientras mi abuela se acercaba más y más al pizarrón. En cierto momento estuvo tan cerca del pizarrón de espaldas a nosotras en el patio que me causó gracia, porque daba la impresión que la habíamos puesto en penitencia. El aliento y la respiración de mi abuela volatizaron la tiza y con ella el número y la palabra “jueves”. Entonces la voz de mi abuela volvió a repetir otra vez: ¿Qué día es hoy? Y mi tía Margarita, al escuchar la voz y ver el pizarrón, se dio por no nacida. Y la idea del tiempo que arrasa con nuestra vida volvió a arrasarnos los pensamientos. Extenuadas, decidimos irnos a dormir cuanto antes.



Fragmentos para Alejandra Pizarnik

Por Irma Verolín

I

la locura es una casa sin límites
con puertas y ventanas
que no se abren
donde la luz enceguece
y las palabras perdieron
su cuerpo
su rostro
sus disfraces

II

La idea de enloquecer
tal vez sea una fruta
que comenzaba a madurar
una fruta agridulce
casi en estado de corrupción
capaz de morderla a ella
ante el menor descuido
una fruta para acariciar
con los ojos o
para dejarla
en el borde de los labios
siempre, ella
sintió su roce
y pudo olerla,
ella amó esa fruta
aún antes
de saber que existía.

III

La posibilidad de enloquecer
fue tu alimento, Alejandra.
Que los hechos y las cosas
perdieran sus razones
te dio de comer
en la boca
con infinita tristeza
con infinito temblor.

EL LOCO TATO

Crepúsculo

Por Hernán Paredes

Terminó de comer y salió corriendo hacia la puerta como todos los mediodías. Afuera hacía calor y el aire estaba espeso, Tato inspiró profundamente llenando sus pulmones de calle y se dirigió a la plaza. Llevaba los jeans gastados y la misma camisa transpirada de varios ayeres, su barba se había desteñido luego de años de uso y su cuerpo menudo se expresaba en movimientos peculiares de una belleza ajena al ojo urbano. Caminó algunos metros mirando hacia arriba, tratando de adivinar retazos de cielo entre cables del alumbrado público y carteles de coma, beba y compre. Un bocinazo seguido de un "¡pelotudo!" lo sacó de su ensueño, se encontró de repente en el medio de la calle, cercado por una jauría de autos salvajes. Sobresaltado, corrió a la seguridad de la vereda y se quedó observando el tránsito.

Autos verdes y rojos, pequeños y largos, tercicos y ruidosos coloreaban la avenida. Ese paisaje le fue devolviendo la calma y lo situó nuevamente en su ensueño, cerró los ojos y escuchó la sinfonía de la ciudad. Podía distinguir con facilidad cada instrumento, le gustaba clasificarlos y, a veces, hasta se animaba a dirigirlos. Voces, ladridos, un frenazo a dos cuadras, una puerta que se cerraba en la planta baja y una ventana que se abría en el segundo piso, todo en sincronía perfecta sonando sólo para él.

Tato nunca conoció a quien lo trajo al mundo y lo llevó días después al hospicio. Tampoco aprendió a hablar, pero sí a observar, lo hacía mejor que nadie, era como un artista que tomaba pincelazos de mundo y los vertía en el lienzo de su imaginación. Durante el día recolectaba el material y a la noche se dedicaba a crear, un verdadero artista comprometido con su obra. En el hospicio le permitían dar caminatas diarias y cuando se acercaba la hora de salir corría con entusiasmo hacia la puerta, gesticulando y haciendo sonidos. Las enfermeras lo comparaban con un cachorro excitado ante el anuncio de un paseo, "solo le falta mover la cola", bromeaban, y le abrían la puerta. Tato continuó su camino, dio la vuelta a la esquina y entró en la panadería, señaló algo en la vidriera y el panadero le entregó un pedazo de pan y una palmasada en el hombro. Se apuró para llegar a la plaza y se

sentó en su banco favorito a alimentar a las palomas. Le fascinaba observarlas amontonarse en un enorme guiso viviente de picos, alas y plumas. Entendía cada palabra de su arrullo, escuchaba con claridad las voces que le daban las gracias, otras que discutían entre sí por ver quien se quedaba con los pedazos más grandes y algunas pocas desagradecidas que lo trataban de amarrete y le exigían más, él trataba de complacerlas a todas. Cuando terminó se guardó la bolsa vacía en el bolsillo y observó el mundo rotando a paso acelerado a su alrededor.

Un grupo de pibas pasó frente a él tecleando frenéticamente en sus celulares, un hombre vestido de traje con un maletín en la mano caminaba rápido dando ojeadas a su reloj, una señora le gritaba a un niño que iba llorando aferrado a su mano, una pareja se besaba... Tato observaba y absorbía cada imagen con precisión fotográfica, se sentía excitado con tantos estímulos y le dieron ganas de ir al baño. El sol comenzó a darle en la cara y bajó la mirada, olvidándose de su urgencia al ver pasar un grupo de hormigas que en fila india cargaba restos de hojitas. Un perro callejero se le acercó curioso y él lo acarició al tiempo que un líquido caliente iba mojando sus jeans gastados. Sintió la boca seca y se dio cuenta de que la tenía abierta, pendiendo inerte de las coyunturas de la mandíbula. Un hilo de saliva decoraba su barba como una guirnalda solitaria en un arbolito de Navidad, cerró la boca y se acercó a un bebedero a tomar agua. La luz iba menguando al igual que la actividad urbana y supo por instinto que ya era hora de volver. Caminó guiado por una brújula interna, Tato no sabía los nombres de las calles pero sí sabía que aquí había que cruzar, allí tenía que doblar, y más allá debía avanzar hasta llegar a la casa amarilla que era su destino. Cuando llegó al hospicio tocó el timbre, Silvia, una de las enfermeras, le abrió la puerta con rostro cansino, Tato le sonrió y ella chasqueó la lengua, meneó la cabeza con disgusto y le dijo mientras lo tironeaba del brazo haciéndolo entrar: "Putá madre Tato, ¡¿otra vez te measte?!". Tato se sintió feliz de estar en casa, tenía muchísimo material para trabajar.

MIRADA PERDIDA

Crepúsculo

Por Verónica Laura Torres

Lo había tenido todo. La belleza había sido su don máspreciado desde que puso los pies en este mundo. Esa cualidad, concedida por Dios o por las rigurosas leyes de la genética, era el origen de una promesa de felicidad o de condena, según fuera utilizada por su propietaria: con la inteligencia propia de un delfín o con la torpeza de un carnero. Ella creyó elegir el primer camino, convirtiendo ese don natural devenido en máscara como el principal motor de su personalidad. El personaje ilusorio en que se iba convirtiendo la quemaba interiormente a fuego lento como el calor emanado de una brasa. Esa farsa había logrado mover la rueda de la fortuna y no le faltaban aplausos del público, amantes dispuestos a rendirle culto y dinero, mucho dinero. El personaje era voraz como un crío demandante que abusa de las buenas intenciones de su madre. Ella lo alentaba, necesitada de los beneficios que éste le proporcionaba para sobrevivir. Se había convertido en una prostituta de sí misma, pero no le importaba.

La caída sobrevino sin aviso como un tsunami arrasando con el silencio expectante previo a la catástrofe. La tomó desprevenida, vulnerable, desvalida y solitaria. El envión terminó dándole de bruces con el suelo frío, árido e inhóspito de la realidad. No le dio tiempo para pensar en las decisiones equivocadas que había tomado, que la habían conducido al igual que el carnero hacia su propia perdición.

La caída dejó como secuela esa mirada perdida que no ve pensamientos, no escucha sentires ni toca con los límites de su ser, el de otro. Ajena, en esa condición obnubilada, fue encontrada por su casero quien, extrañado por su ausencia, irrumpió en su cuarto. La halló sentada en una silla, con sus mejores ropas, las manos descansando sobre la falda y una mirada ausente, fija en los pequeños insectos que revoloteaban en torno a la bombita de luz. No respondía a su nombre, pero se dejó conducir dócilmente hasta el hospital más cercano.

Su mirada de a poco comienza a despertarse, han pasado varios meses desde aquel día en que vestida con una bata blanca debió rendirse a aquellas manos que pretendían ayudarla en aquel acotado recinto con paredes de blancos azulejos y olor a desinfectante.

Su mirada debió encontrar el rostro que dirigía aquellas manos, pero aún sus ojos no eran capaces de hablar.

El rostro amigo ha venido a verla varias veces a su habitación pero ella sonrío para adentro sin la fuerza vital suficiente para romper con el molde rígido de sus apretados labios. Aún así, ha comenzado a sentir en su pecho un brote de esperanza. Sentada frente a la ventana de su pieza observa el cerezo ya florecido. Ha llegado la primavera.

Mujer con máscara | Lorenzo Lippi



LA VENGANZA

Crepúsculo

Por Ezequiel Olasagasti

El centro era un hormiguero, pero ya le quedaba poco para llegar a su casa. Con sólo tomar un subte ya terminaría con el sufrimiento de ese día, marcado por tantos papeleos burocráticos. El ska que venía escuchando casi que calmaba su mente; lo mantenía aislado de ese tsunami formado por la gente al entrar y salir de los vagones. Llegó con su transporte a Plaza Miserere - ya falta poco, camino un par de cuadras y estoy en casa- se decía con una voz cansina. Metros más adelante sobre su misma vereda, le pareció ver una silueta familiar contemplando una vidriera. Trataba de deducir quién era, se trataba de una mujer pero no podía discernir de dónde la conocía. Su andar lo acercaba más a ella. Sus ojos, que habían sufrido una noche de mal sueño y la luz dañina del monitor, se esforzaron por descifrar la identidad de la mujer. Por fin su último esfuerzo le dio la respuesta. La sorpresa que obtuvo fue desagradable, la mujer era Sofía, su flamante ex-pareja desde hacía ya dos meses. La mañana había sido lo suficientemente mala como para cerrarla con ese encuentro, por lo que decidió aminorar su velocidad y cambiar el curso de sus pasos. Encogía los hombros como si esto pudiera hacerlo invisible. -¡Martín!- escucho a sus espaldas, pero decidió no voltear. - ¡Martín!- le gritó otra vez entre el tumulto. El joven comprendió que ya lo había visto, que seguir haciéndose el distraído era de cobarde. Volteó y cruzaron miradas.

Sofía corrió hacia él y le dio un abrazo. Él no sabía cómo reaccionar. Su separación fue madura pero sólo en apariencia. Martín aún la amaba con locura y ella le rompió el corazón con su alejamiento. Es por eso que la odiaba. Cuando se fue se llevó una gran parte de él, su parte más buena, sus sentimientos. Pero por fuera mantenía una imagen calmada, una máscara que se ponía cuando era necesario dar a entender que ellos podían ser amigos de todas formas. Y era esa imagen la que Sofía comprendía.

Ella lo saludó con mucho cariño portando su brillante sonrisa y sus hermosos ojos pardos tras sus lentes ovalados. Le siguió la corriente, sin dejar de pensar lo mucho que la odiaba. Deseaba que ella muriera en ese mismo instante, que alguien viniera a asaltarlos y antes de irse le diera un tiro. Que se lleven su plata, su reloj y cualquier cosa que les interese; pero que no olvidaran dejarle una bala a ella. Mas la calle eran solo mujeres coquetas con niños y algunos hombres de traje.

Nada pasaría en esa cuadra, por lo menos de mano de terceros.

Sofía se dedicaba a hablarle de su nueva vida, su nueva pareja, así como también de su nuevo trabajo, la sonrisa en el rostro de Martín se formaba con gran hipocresía. Pensaba que esa chica no merecía una vida tan feliz, no merecía una vida siquiera. Se elevaron un poco sus cejas cuando recordó que dentro de su mochila tenía un trinchete que había traído del trabajo. Pensaba en lo rápido y fácil que sería. Una estocada al cuello y su rabia estaría saciada. La idea rondó su mente pero se alejó al instante, había mucha gente alrededor mirando y serían muchos los testigos de su acto vengativo. Sus cejas bajaron otra vez.

Sofía ofreció acompañarlo un par de cuadras hasta su casa. Pensó el joven que esto ofrecería una nueva oportunidad. Llegaron al primer semáforo mientras aún le hablaba de forma constante. Martín tuvo un nuevo plan. Un simple empujón, eso era todo, un empujón que la arroje al tránsito. No estaría en sus manos su muerte sino bajo la rueda de algún auto. No podrían culparlo, pensarían todos que cruzó de forma indebida. Acercó muy despacio las manos a su espalda, los ojos estaban fijos y los dientes mordían el labio inferior. Sin embargo en el último segundo el semáforo cambió su color. Ella giró y le preguntó si cruzarían la avenida. Otra chance se le frustraba.

Llegaron a la puerta de su departamento. Sofía le pidió un libro de tapa amarilla que había dejado olvidado, que tenía dentro un par números telefónicos importantes que necesitaba. Al ver su impaciencia Martín aceptó sin dudar, pensó que esta podía ser la chance definitiva para castigarla. Sin testigos, en la intimidación del edificio, creyó que todo debería ser más fácil. Subieron al pequeño ascensor y presionó el botón del piso cinco. El cubículo los obligaba a estar pegados. No hablaron, sólo esperaron hasta que la máquina los llevara a su destino. El botón de emergencia estaba detrás del muchacho y fue así que comenzó a confabular un nuevo plan de venganza. Trabo el ascensor y la mato acá nomás- retumbaba una voz en su cabeza que no parecía suya - usa el trinchete -dijo la voz. Una mueca chueca se dibujó en su boca. Fue demasiado largo su pensar. En un suspiro el ascensor había llegado al piso pedido. Entraron al departamento y entre el desastre bibliográfico que Martín tenía junto a su cama comenzó a buscar el libro. Cuando abrió el cajón de la mesa de noche para

buscarlo se encontró con el arma que había comprado varios meses atrás. La nueve milímetros con el que había comenzado a practicar tiro en el polígono junto a un buen amigo que lo convenció. Drenaba así, un poco del odio que sentía por esa mujer. Su mano pasó por encima del arma, la rozó un momento con las yemas de los dedos. Lo tomó y tratando de sofocar el ruido tiró el martillo hacia atrás. -esta vez sí -se oyó del aire que pasaba por sus dientes, casi inaudible. Se dio media vuelta solo para chocar con un beso de una pasión desmedida sobre sus labios. Dejó en su lugar el arma. Sus brazos quedaron extendidos y sus ojos abiertos de la sorpresa. A su vez los brazos de ella se envolvían en su nuca y sus ojos permanecían cerrados y húmedos de lágrimas. Rodaron en la cama que estaba tan cerca.

Aun así, estando sobre ella, el pensamiento de Martín no se posaba en su cuerpo ni en su rostro sino en su cuello. Era el momento ideal para ahorcarla, para acabar con el alma de esta ninfa que tanto dolor le había causado. Juntó su pelvis a la de él y sus manos, despacio, fueron subiendo por los costados. Sólo cuando pasaron por sus pechos Sofía les prestó atención. Él quería subir un poco más, que patinen hasta el cuello que quedaba al descubierto con cada gemido de la joven. Lo alcanza. Primero con el pulgar y el índice. Con rapidez lo envuelve suavemente con toda la palma. La serpiente se disponía a enrollarse. En ese instante, Sofía lo volteó a un lado de la cama y era ahora ella la que tenía el mando sobre el cuerpo del vengativo amante. Una oportunidad más que se esfumaba.

Despertó Martín, luego de horas de sexo y sueño, por el ruido de la puerta al cerrarse. Saltó de la cama y tomando el revólver se dirigió hasta el pasillo a buscar a su víctima. Pero nadie estaba ahí para apuntarle, el corredor estaba vacío. Volvió a entrar intentando armar en su cabeza una explicación lógica de lo que había pasado. Caminaba por el pequeño departamento desordenado estirando sus músculos. Luego salió al balcón con el arma aún en la mano. Miró al cielo, respiró hondo y lo puso sobre su sien. Puso su dedo en el gatillo y apretó fuerte sus párpados. Abrió los ojos justo cuando pensó que sería su último respiro y vio a su ex alejándose por la vereda. Extendió su brazo y le apuntó a la cabeza. Puso el dedo en el gatillo, exhaló todo el aire de los pulmones para no moverse y tener un mejor disparo. La vio doblar en la esquina sin poder dispararle. En un gran suspiro dijo -que se muera- tiró el revólver junto a una maseta y entró nuevamente a la casa. Con una mano ponía la pava y con la otra se secaba las lágrimas.



VOCES EN EL CONTESTADOR

Crepúsculo

Por Susana Angélica Orden



Dos mujeres | Victor Moya Calvo

La primera vez que te llamé y escuché tu insólito contestador, no le dí mucha importancia, creyendo que estabas hablando con tus amigos y no te habías dado cuenta de que el teléfono se había descolgado, por accidente.

Luego, creí que nuestra conversación quedaba ligada con otro número y algún inoportuno intruso estaba participando como polizón en nuestras confidencias. Cuando me explicaste que los ruidos indeseables eran algo común, en tu teléfono, empecé a inquietarme un poco, pero luego olvidé el tema, concentrada como estaba, en el vértigo cotidiano.

Pero fue aquel jueves en que necesitaba pasarte con urgencia ese dato que me habías solicitado, cuando comencé a escuchar con atención a tu singular aparato y mientras me enojaba, por no poder hablar contigo, comencé a tomar conciencia de que se distinguían dos voces. Una, era masculina y proponía llevar a cabo un plan, solo conocido por las voces y luego

aparecía una voz femenina que le decía:- ¡Calla, aún no es tiempo!

Decidí conversar contigo sobre el extravagante comportamiento de tu contestador y me tranquilizaste, diciéndome que quizás se había grabado, por error, alguna antigua conversación entre, entre Tomás, tu ex marido y tú.

Igualmente, no me quedé conforme y el tema seguía dando vueltas en mi cabeza. Algo no me terminaba de cerrar en ese asunto. Luego, hice un viaje y no te vi por un tiempo. Pero fue justamente, cuando volví a casa, que me llamaste en mitad de la noche y me pediste que fuera a acompañarte, pues tenías miedo. Sin pensarlo dos veces, me vestí y acudí a tu lado, con muchas preguntas, pero comprobé que no eras capaz de responder ninguna de ellas, mientras me afirmabas que sólo era una sensación de peligro, lo que te perturbaba.

Me quedé a dormir en tu casa, en un cuarto contiguo a tu habitación, para acompañarte.

Serían las dos de la mañana cuando algo me despertó y luego de comprobar que dormías apaciblemente, me dispuse a explorar el resto de la casa, linterna en mano. Salí al patio y comprobé que una luna llena enorme brillaba en el cielo y un aroma a eucaliptos inundaba mi mente y mi corazón con recuerdos de una adolescencia que compartimos una vez, hacía ya mucho tiempo. En ese momento, un sonido me llamó la atención en el comedor y me dirigí hacia él, sigilosamente. Me di cuenta que allí no había nadie, pero el infernal aparato mostraba una inusual actividad. Tenía una lucecita roja encendida y sonaba como si estuviera grabando algo. Impetuosamente corrí hacia él, levanté el tubo y sorprendí una conversación en la que había muchos suspiros y voces entrecortadas que hablaban en forma ininteligible.

Como yo había derribado sin querer una silla, te despertaste y me preguntaste si yo estaba hablando por teléfono. Te dije que era un número equivocado, para no atemorizarte. Te volviste a acostar y me pediste que me quedase a tu lado, hasta que te durmieras. Así lo hice y no pude evitar preguntarte si no habías notado algo fuera de lo común en la casa. Me dijiste que en algunas ocasiones te parecía que todo quedaba en un silencio casi sofocante y que en alguna oportunidad, hasta habías creído escuchar un murmullo en el comedor, pero como vivías sola, lo había atribuido a su imaginación.

A la semana siguiente te sugerí quedarme a dormir en tu casa. Te preparé un té con miel y limón, porque te noté algo pálida y desmejorada. Cuando me aseguré de que estuvieras profundamente dormida, fui al comedor, desconecté el teléfono, y me dispuse a ver una película de suspenso, en la televisión, sintiéndome más segura. A los pocos minutos comprobé que el teléfono, increíblemente, sonaba una y otra vez y al atenderlo, una voz masculina y sibilante me susurró suavemente, -¡Ahora vamos por tí!

Colgué el teléfono sumamente confundida y cuando me repuse, volví a comprobar que seguías pálida y

que dormías profundamente. A continuación, decidí llamar a la policía.

Cuando llegó aquel amable oficial, revisó el teléfono y no encontró, pese a mi asombro, nada anómalo en él. Luego, insistió en verte. Le indiqué dónde quedaba tu habitación.

Cuando regresó, muy serio y mirándome fijamente, me anunció que no estabas precisamente dormida y que calculaba que tu muerte había ocurrido unas dos horas atrás... Tomó el teléfono y llamó a una ambulancia. Cuando llegaron, los investigadores revolvieron toda tu casa, tomando huellas digitales, mientras me observaban, con curiosidad.

Recién entonces, a pesar de mi terrible confusión y dolor, pude descifrar la verdadera causa de tu notoria palidez. Lo que no pude entender, fue esa rosa roja que se iba ampliando en tu pecho, con un destello metálico en el centro, proveniente del cortapapeles de plata que yo te había regalado en tu último cumpleaños.

Tampoco comprendí las razones del interminable interrogatorio al que me sometieron, en el que yo les supliqué que se apresuraran a desarmar tu teléfono para poder develar el misterio de tu muerte, pero no quisieron escucharme. Sólo querían hacerme preguntas sobre el motivo del crimen, obviamente desconocido para mí.

Ahora estoy recluida, en este triste edificio de paredes blancas. Les he pedido que no me pasen ninguna llamada, especialmente las que provengan de tu casa. No quiero volver a escuchar el infernal susurro de esas voces asesinas nunca más.

¡Tú, vilmente asesinada, mi pobre amiga y yo, encerrada aquí injustamente!

Solo lamento que no tuviéramos el tiempo suficiente para aclarar aquel temita que nos había quedado pendiente, esa noche en que el aroma de los eucaliptos perfumaba tu jardín, invadiéndolo todo y embriagando nuestros sueños juveniles... Esa noche única e irrepetible en la que Tomás me confesó que había decidido romper nuestro compromiso, para casarse contigo, querida Irene.

LOCURA TRISTE DEL POETA

Crepúsculo

Por Victorio Catuchi



Para ser poeta hay que estar loco, porque se ha de haber sentido ya, como un corazón late en pedazos; y como el alma se desangra por las calles, a cada paso que se da.

Tendrías que sentir la locura, de agonizar a cada pensamiento...de como cada recuerdo te hiere,... y necio, volver a recorrer sus filis.

Sentir que tu amada a muerto aunque esta viva, y todavía imaginar recorrerla a besos, mientras llevas un hielo agudo, clavado en el pecho, formado de las dudas que te dejó.

Para estar loco, hay que ser poeta,...rimar amor y quebranto en un corazón. Hacer versos de esperanza, llenos de dolor, y recitarlos con lágrimas atragantadas en la garganta.

Podrías pintar lienzos melancólicos, con tintas de alegrías pasadas...y pinceladas de realidades que agonizan.

Tendrías que amar con un odio infinito, que solo puede perdonar, porque nació sin alas para la venganza.

Un poeta nace de la locura de la vida, de sus colores contrastantes de derrota y gloria. Y va rimando sentimientos y emociones para sanarse,...hiriendo, su alma dividida.

El poeta | **Marc Chagall**